

Cuadernos del Sur

Número 8 ■ Octubre de 1988

Tierra  fuego
del

DIALOGO CON MARXISTAS ARGENTINOS

*E. Sigal/H.F. Cuello/ A. Borón/ L. Rozitchner
entrevista de Cuadernos del Sur.*

Advertencia

El Comité Editorial de CUADERNOS DEL SUR consideró útil dedicar el núcleo central de este número a discutir y confrontar ideas sobre ciertos aspectos teórico-políticos del pensamiento marxista de nuestro tiempo.

Así el espacio principal está destinado a este “Diálogo con marxistas argentinos” que partiendo de algunas cuestiones teóricas actualmente en discusión intenta pasar luego revista a problemas políticos de la izquierda en nuestro país.

Limitaciones de espacio no nos han permitido abarcar el conjunto de temas que consideramos necesario, por lo que se ha tratado de seleccionar aquellos que se encuentran más vinculados a la problemática política de actualidad, y que nos parece se encuentran en el centro de las preocupaciones compartidas. Estas mismas razones impiden cubrir todo el campo de organizaciones políticas o individuales relevantes de la izquierda marxista argentina, por lo que optamos por entrevistar lo que aparece como más representativo de la izquierda orgánica: el Partido Comunista Argentino (PCA.) y el Movimiento al Socialismo (MAS), y a Atilio Borón y a León Rozitchner como figuras destacadas del marxismo independiente. Esto no implica en absoluto, desconocer, ni descartar para entregas futuras, la existencia de otros partidos organizados como corrientes diferenciadas, o el rol de otros intelectuales de reconocida capacidad y valía.

El tema en discusión se completa en este número con autores marxistas de reconocida trascendencia internacional.

CUADERNOS DEL SUR intenta así aportar a un debate que considera tan necesario como imprescindible en la actual situación política de nuestro país.

El conjunto de preguntas organizadas en tres módulos, así como las correspondientes respuestas de *Eduardo Sigal* (ES) integrante de la Comisión Política del PCA., *Hernán Félix Cuello* (HFC) miembro del MAS, y redactor permanente de "Solidaridad Socialista", de *Atilio Borón* (A.B.) se publican a continuación, así como también el texto de *León Rozitchner*, que optó por presentar un glosario al cuestionario.

Octubre 1988

VIGENCIA Y ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO MARXISTA

1.- Crisis del Marxismo:

C.d.S.: En las dos últimas décadas un intenso debate se ha desarrollado en los países avanzados. Debate que por causa de los regímenes dictatoriales ha llegado con retraso a los países del Cono Sur, y que si bien es reflejo de las condiciones de la Europa Occidental no es menos cierto que encuentra en nuestros países condiciones objetivas particulares para desarrollarse se trata de la discusión en torno a la vigencia del pensamiento marxiano, o más precisamente de la llamada crisis del marxismo.

Si bien esta crisis nunca es bien explicitada, ni tampoco suelen darse demasiadas precisiones acerca de qué es lo que está realmente en crisis, los sostenedores de esta tesis suelen hacer eje en dos aspectos: los cambios operados en el capitalismo, para los cuales el marxismo no habría tenido respuesta y que han puesto al movimiento obrero a la defensiva, sin salida en lo inmediato. Por otra parte hacen hincapié en que es la propia táctica socialista particularmente en los países del "socialismo real", en donde finalmente, "glasnot" mediante, han quedado al descubierto en toda su dimensión las insuficiencias de las economías centralizadas y el autoritarismo burocrático del Estado socialista.

¿Qué piensan Uds. acerca de estos cuestionamientos?

ES.- Precisamente creemos imprescindible explicitar que se entiende por "crisis del marxismo". ¿Qué es lo que está en crisis? ¿El marxismo como herramienta teórica? ¿Los marxistas?

Por lo menos en nuestro medio, la discusión actual sobre la "crisis del marxismo" suele encubrir el abandono de las posiciones revolucionarias de muchos intelectuales que habían acompañado el auge de las luchas en los 60 y 70. La discusión, como bien se señala, surgió en los países avanzados, donde muchos de estos intelectuales sufrieron el exilio. Y, siguiendo una actitud

ya tradicional, se “importó” a nuestras costas sin mayores mediaciones. En el planteo de la pregunta, por ejemplo, se generaliza la situación del “movimiento obrero a la defensiva” Esa puede ser la situación de Europa Occidental, pero es evidente que no lo es en Nicaragua o El Salvador, ni tampoco en Chile, para mencionar sólo los casos más obvios. Esta visión europeizante se combina con un elitismo intelectual que no reconoce los avances del movimiento revolucionario en el terreno de las *realizaciones prácticas*, terreno en el que se desarrolla el marxismo vivo.

Pero sí es necesario reconocer que existe una distancia considerable entre los desarrollos teóricos y los desarrollos en el terreno de la práctica social revolucionaria. En el caso del marxismo “occidental” se han producido muchos avances en el terreno teórico, pero frecuentemente en campos alejados de los problemas de la práctica política revolucionaria. En los países socialistas el dogmatismo estalinista constituyó un freno no sólo para el avance teórico sino también para la construcción de la sociedad socialista. En América Latina, las experiencias de las revoluciones triunfantes —Cuba y Nicaragua— y, en general las experiencias del movimiento revolucionario todavía no han encontrado una síntesis teórica cabal.

Pero en todo caso *lo nuevo* es precisamente la vocación de dar cuenta teórica y prácticamente a las nuevas situaciones que manifiesta el movimiento revolucionario. En la Unión Soviética, en particular, lo nuevo no son los problemas del desarrollo del socialismo, sino, en primer lugar, su reconocimiento y en segundo lugar, la acción y el esfuerzo decidido en torno a la recuperación leninista de la concepción del socialismo, en la etapa actual. *Más democracia, más socialismo*, es la consigna que de alguna manera resume lo esencial de este proceso de cambio. Donde la última palabra, como siempre, la tendrá el desarrollo del movimiento social que encuentra ahora, a partir de la *perestroika*, el camino abierto a su expresión plena.

Entre nosotros, en el PC argentino, lo que hizo crisis fue una deformación del marxismo, el *dogmatismo infectado de reformismo*. Lo que denominamos “nuestro viraje” es un proceso que en el XVI Congreso se planteó como un verdadero programa *teórico-político* de superación de esa deformación a partir de afirmar la vocación revolucionaria. En el PCA vivimos un momento de gran creatividad y debate en torno a la consolidación de este proceso, no nos consideramos portadores de “verdades absolutas”, sino portadores de las herramientas teóricas del marxismo-leninismo que sólo en contacto con la práctica del movimiento social pueden producir una síntesis política concreta. Por eso, para nosotros no se trata sólo de enseñar, sino también de aprender del movimiento real. Y toda la experiencia que venimos realizando desde ese hito que fue para nosotros el XVI Congreso, es lo que alimenta nuestro debate y la fuente de la creatividad que lo caracteriza.

Lejos de la resignación posibilista, nuestra crisis significó una oportunidad de cambio que, por la responsabilidad que como militantes revolucionarios sentimos por la suerte de nuestro pueblo, aprovechamos para trazar las grandes líneas de una estrategia de poder popular en la Argentina. Somos conscientes de que necesitamos desarrollar más ese programa teórico-político teniendo en cuenta que la verdad de la teoría revolucionaria está en la práctica del movimiento social donde no sólo se corrobora sino también se *transforma*.

HFC.- ¿Qué está en crisis en el movimiento marxista? ¿El proletariado y su lucha, la concepción del mundo materialista, la dialéctica y su pensamiento, o acaso sus partidos y organizaciones? Aunque hay interrelaciones y los planos no pueden separarse totalmente, nosotros no vemos crisis en la combatividad de la clase obrera —salvo los flujos y reflujos del combate—, ni en la teoría y el programa revolucionarios —salvo nuevos fenómenos, aun sin interpretar, producidos por la lucha de clases—, sino en la dirección del proletariado: en los partidos y organizaciones, marxistas y no marxistas, que lo conducen. Esa crisis afecta profundamente su lucha, frenándola, desviándola o traicionándola.

La socialdemocracia, en nombre de la aristocracia obrera, terminó administrando la crisis de la burguesía contra los trabajadores. El stalinismo, “socialismo real” o “marxismo oficial” —como revela la Glasnot a quien antes no lo hubiera querido ver—, mezcló dogmas y acuerdos con el imperialismo, falsificaciones y terrorismo en nombre de la burocracia que gobierna el Estado Obrero. Las viejas y nuevas direcciones populistas burguesas y pequeñoburguesas, que muchas veces encabezan a las masas por la falencia de los partidos marxistas, siguen siendo la misma vía muerta. Y en cuanto al trotskismo, en ningún lugar hemos alcanzado todavía influencia de masas.

En ese marco analizamos nosotros la crítica de algunos intelectuales europeos al pensamiento marxista. Ello tropezaron con el hecho de que los estados obreros burocratizados entraron en crisis y los partidos comunistas se desprestigliaron y dividieron. Además, en sus países de Europa Occidental la clase obrera, durante años de bonanza económica y frenada por sus direcciones, no había luchado, y ahora comenzaba a golpearlos duramente la crisis del sistema capitalista. Y no aparecía ningún polo revolucionario fuerte, que marcara el rumbo.

Desgraciadamente, esta situación llevó a muchos intelectuales al pesimismo, a teorizar contra el marxismo e incluso servir a la burguesía. Confundieron la crisis del stalinismo con la caducidad del socialismo, y el repliegue de la clase obrera con la pérdida permanente de su centralidad revolucionaria o su indefensión frente al sistema.

En nuestro país, hay un eco lejano y tardío de esas posiciones en las llamadas “corrientes modernizadoras” integradas por “marxistas” que asesoran al

alfonsinismo y al peronismo renovador, sirviendo a los planes monopólicos e imperialistas.

En nuestra realidad de nación semicolonial capitalista, con casi cuarenta años de retroceso sistemático en el nivel de vida de las masas, y caracterizada por inmensas luchas obreras y populares que aceleraron el péndulo revolución-contrarrevolución, esos intelectuales posiblemente reflejan los años de educación stalinista, que los llevó a descreer en el proletariado y la revolución socialista.

No vemos crisis en el pensamiento marxista, aunque debemos repetir que la teoría no tiene nada que ver con la idolatría. Desde Marx a nuestros días hemos estado plagados de pronósticos equivocados, fundados sobre premisas teóricas correctas. Como siempre, la realidad ha sido más compleja que el papel, y la lucha de clases provocó muchos fenómenos, que aguardan explicación. Pero ha estado y está en el método marxista la posibilidad de verificación, corrección e interpretación de lo nuevo.

Estamos convencidos de que el trotskismo tuvo razón cuando dijo que el sistema capitalista-imperialista está en una crisis generalizada, por lo que habría guerras y revoluciones en casi todos los países, y que la burocracia es una traba para el desarrollo del socialismo y los estados obreros, por lo que habría en ellos una revolución política antiburocrática.

Esta realidad se dió. Es cierto: no condujo inexorablemente al socialismo, sino que es un combate, en cuyo resultado entran varios factores y, entre ellos, uno decisivo, que es el de la dirección del proletariado. Pero podemos ser optimistas porque las masas luchan y la clase obrera, en la que los marxistas revolucionarios creímos siempre, asume su protagonismo.

AB.- El tema de la crisis del marxismo es tan viejo como el propio pensamiento marxista por consiguiente, la reaparición cíclica de esta problemática de la crisis ha sido una constante y no una excepción desde la muerte de Karl Marx. Por eso la versión actual, con toda su parafernalia apocalíptica de denuncias, revelaciones y supuestas invalidaciones, en realidad aporta muy pocos elementos nuevos desde el punto de vista teórico. Si uno lee con detenimiento los trabajos de Ludolfo Paramio, para no citar sino uno de los ejemplos más conocidos en la Argentina, difícilmente podrá encontrar formulaciones críticas que introduzcan innovaciones sustantivas al arsenal de objeciones popularizado a propósito del *Bernstein-Debate* a fines del siglo pasado.

La reiteración cíclica de estas denuncias, que pregonan por enésima vez la muerte del marxismo, no hace sino reafirmar las sospechas de la prematuridad de estas ceremonias fúnebres. No es la primera vez que se anuncia la crisis y superación, del marxismo y no creo que sea la última. Pero el significado político de esta recurrente constatación no puede pasar desapercibido para nadie, sobre todo si se tiene en cuenta la insólita difusión que los *mass-media*,

siempre atentos a las necesidades de la burguesía, le han brindado a una problemática aparentemente académica. El hecho que la supuesta crisis del marxismo se haya convertido en un artículo cultural de consumo de masas no puede sino entenderse dentro del marco de las necesidades de relegitimación de las sociedades capitalistas en el contexto de su propia crisis. En una coyuntura de este tipo conviene descalificar de raíz cualquier propuesta alternativa, y siempre habrá intelectuales dispuestos a desvelarse con tal de cumplir tan noble propósito. La apabullante divulgación que esta temática ha adquirido en las sociedades latinoamericanas, en donde el tributo imperial de la deuda unido al retorno de la ortodoxia económica han producido una escandalosa involución de nuestros índices de desarrollo económico y social, es inconcebible al margen de las necesidades de los grupos dominantes de imponer un supuesto “realismo posibilista” que oculta, en el fondo, su radical incapacidad para responder creativamente a los desafíos de la época.

Pero más allá de estas consideraciones acerca del uso ideológico conservador de la temática de la “crisis del marxismo” existen otra serie de argumentos que vale la pena examinar aunque sea someramente. La periódica resurgencia de esta problemática también indica la vitalidad de la dialéctica autocrítica que caracteriza a la mejor tradición marxista. Marx y Engels, por ejemplo, no vacilaron en declarar que su célebre *Manifiesto* había envejecido luego de las frustradas revoluciones de 1848, sus análisis sobre el bonapartismo también fueron, al menos en parte, cuestionados por los acontecimientos de la Comuna de París, en 1895 Engels vuelve a hablar del tema en su testamento político, la famosa “Introducción” al texto de Marx *Las Luchas de Clases en Francia*, exigiendo un continuo esfuerzo de actualización teórica y práctica que es sencillamente desconocido en los demás paradigmas teóricos de las ciencias sociales. Este verdadero “revisionismo permanente”, para decirlo en pocas palabras, es completamente ajeno a la tradición liberal y mucho más aún al *corpus* teórico del conservadorismo.

La historia del marxismo, de su teoría tanto como de su práctica, es pues una larga sucesión de crisis teóricas y de tentativas revisionistas: ¿Cómo negar que Marx y Engels revisaron algunos aspectos, no fundamentales pero de todos modos sustantivos, de su formulación teórica? ¿Cómo desconocer que Lenin fue un gran revisionista, al elaborar una teoría del partido que no existía en la propuesta teórica de los padres fundadores y al producir una novísima caracterización del imperialismo como fase superior del capitalismo? ¿Y no fue Gramsci, acaso, quien revisó profundamente la teoría marxista del estado al replantearla en términos de las nuevas realidades producidas por el ascenso del fascismo y la recomposición capitalista de los años treinta? ¿Y qué decir de Mao, que reformula teórica y prácticamente el papel de la alianza obrero-campesina en la revolución socialista y en la lucha anti-imperialista?

¿Qué nos revela esta serie de ejemplos? Que contrariamente a lo que suelen sostener algunos teóricos “post-marxistas”, muchas veces, en realidad, simplemente “anti-marxistas” avergonzados, el marxismo no es un conjunto esclerotizado de categorías teóricas gestadas en el siglo XIX y ritualmente invocadas por espíritus simples o porfiados en los albores del siglo XXI. Esa visión es políticamente banal, pobre filosóficamente y tan miope históricamente que se destruye a si misma ni bien se la expone con cierto cuidado. En realidad el marxismo no es un dogma sino una teoría viviente, que ha crecido y se ha modificado sustancialmente desde el momento de su primer esbozo a manos de Marx y Engels en *La Ideología Alemana*. Y esto del dogma tiene su importancia, porque no es casual que buena parte del *establishment* neoconservador norteamericano y la gran mayoría de los “post-marxistas” europeos hayan sido, en un pasado relativamente reciente, conocidos inquisidores del estalinismo que, empujados sobre una dogmática reseca y paralizante, disparaban dardos correctivos sobre los que no compartían su peculiar manera de interpretar el legado teórico y práctico del marxismo. Esos mismos, que no entendieron una palabra del marxismo antes, porque en sus manos éste se reducía a una Vulgata talmúdica, siguen sin entenderlo ahora. Tanto cuando se identificaban con el marxismo como cuando reniegan de él prosiguen sin comprenderlo, porque lo conciben como un dogma y no como una guía para la acción.

Sólo considerando al marxismo como una teoría viviente y dinámica, crítica y auto-crítica, podemos aprehender la identidad marxista que caracteriza a una larga lista de políticos e intelectuales que, desde el siglo pasado, ha venido desarrollando distintos aspectos de la teoría y realizando contribuciones originales a la misma. Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Korsch, Gramsci, Bujarin; Mao, Zetkin y Mariátegui representan distintas vertientes y aportaciones de un mismo y único modelo teórico. Sus contribuciones preservaron las premisas fundamentales y el método de sus fundadores: la teoría de la plusvalía y el método dialéctico.

Dicho todo esto es preciso señalar que algunas de las preguntas e interrogantes lanzadas por los críticos son, sin duda alguna, de la mayor importancia. En otras palabras, y yendo al fondo de la cuestión, la denuncia de la crisis definitiva del marxismo se sustentaría en la comprobación de los cambios cualitativos producidos en la estructura y funcionamiento de las sociedades capitalistas. Ante ellos, arguyen los impugnadores, el *corpus* teórico y la praxis política inspiradas en el marxismo no tienen más nada que decir ni hacer. El *Spatkapitalismus* aparece como algo tan diferente a aquél que inspiró la crítica radical de Marx y Engels que, nos dicen, el modelo de análisis por ellos creado ha quedado completamente superado por el movimiento de la historia. El capitalismo post-moderno se ha devorado a los productos de la modernidad

novecentista, y junto con el relato y la utopía también se ha producido el ocaso del marxismo.

La crítica es, en principio, razonable y legítima, aún cuando mueva a sospechas el hecho de que el mismo tipo de argumento no se aplique al paradigma liberal, que es por lo menos un siglo más antiguo que el marxismo. Con todo, me parece que para ponderar la validez del planteamiento éste merecería una formulación más precisa, como las siguientes: ¿Hasta qué punto las transformaciones recientes en la anatomía de la sociedad capitalista han alterado cualitativamente la naturaleza explotativa de las relaciones sociales de producción imperantes en el “tardo-capitalismo”? ¿Ha desaparecido la explotación del hombre por el hombre, es decir, la “esclavitud del trabajo asalariado”? En suma, y más allá de los discursos, lo imaginario y la retórica, ¿estamos en presencia de un tipo histórico de sociedad diferente?

La respuesta a estos interrogantes fundamentales, los *únicos* sobre los cuales se podría fundar la invalidación práctica del marxismo, es negativa. Y es por esto mismo que, tanto en el plano de la teoría como en el de la práctica política, el marxismo sigue siendo un muerto que goza de muy buena salud. El coro desafinado, y desafortunado, de sus críticos soslaya cuidadosamente el tratamiento detallado de esta cuestión y se contenta con un relevamiento impresionístico pero carente de profundidad. Mientras no se demuestre que estamos ante un nuevo modo de producción que es capitalista pero en donde las contradicciones de clase han sido superadas por la desaparición de su determinante estructural, la explotación en el proceso de trabajo, toda la laboriosa construcción de los críticos de Marx estará condenada de antemano a la irrelevancia. Los cambios ocurridos en la estructura del capitalismo moderno, que sólo un dogmático sería incapaz de reconocer, no han modificado un ápice la estructura profunda de las relaciones sociales de explotación sobre las que se construye el conjunto de la sociedad. Sí ha habido cambios en algunos aspectos formales, pero ninguno de ellos ha tenido la importancia y la centralidad necesarias como para disolver el antagonismo clasista fundamental. Cambió su forma, varió su intensidad y se alteró la modalidad de procesamiento y regulación del conflicto. Pero éste sigue allí, como el elemento fundante sobre el cual continúa reposando el *Spätkapitalismus*. ¿O es que acaso los “post-marxistas” quieren hacernos creer que en los Estados Unidos de Reagan, en donde se produjo un avance fenomenal de los monopolios y una concomitante pauperización de vastos sectores de las clases subalternas, con sus ingresos disminuidos y recortados sus servicios asistenciales, la contradicción clasista ha sido superada? ¿O tal vez se refieran a la Inglaterra de Thatcher, o a la Alemania de Kohl, o quizás al Japón? Y si esto es insostenible en los capitalismos centrales, ¿Pensarán por ventura que esta deslumbrante post-modernidad se ha verificado en la Argentina de Alfonsín, o en el Brasil de Sarney, el México de De la Madrid, o el Chile de Pinochet?

No se puede seriamente sostener esta posición en el ámbito de las ciencias sociales. Por eso la verdadera legión de superadores de Marx ha sido hasta ahora incapaz de producir siquiera un pequeño panfleto, comparable a Trabajo Asalariado y Capital, por ejemplo, en donde se expongan los rasgos fundamentales del nuevo tipo histórico de sociedad al que aluden en sus profundas elucubraciones. Esto, por cierto, no significa que el marxismo tenga todas las respuestas o que haya sido capaz de producir una teoría que explique adecuadamente la totalidad de la vida social. Tal pretensión es incompatible con el espíritu científico; es propia, por el contrario, de un dogma religioso que se "cierra" ante el mundo y que se mantiene atrincherado en sus propias premisas porque puede derrumbarse ante la menor contrastación con la realidad.

Concebido como una teoría científica y como un instrumento de transformación social, el marxismo se ha propuesto no sólo interpretar a la realidad social sino también transformarla. Este doble carácter, teórico y práctico, hace que en su permanente labor de reconstrucción teórica el marxismo se encuentre atravesado por muy serios interrogantes, y que las novedades producidas en una época de extraordinario dinamismo como la que vivimos adquieran una importancia tal que el reconocimiento de las insuficiencias teóricas y prácticas resulte absolutamente inevitable. Pero de ahí a tirar por la borda la herencia de Marx, todavía hoy el paradigma más fecundo con que contamos en las ciencias sociales y polo universal de referencia tanto para los críticos como para sus seguidores, hay un largo trecho.

Sería oportuno preguntarnos, para terminar, ¿dónde está la macro teoría superadora del marxismo? ¿quién produjo esa gigantesca *Aufhebung* teórico-práctica que nos autorice, racional y científicamente, a hablar del post-marxismo como de algo 'realmente existente'? La respuesta de que la post-modernidad es irreductible a las macroteorías no pasa de ser un torpe taparrabos con el que se pretende disimular la grotesca desnudez del monarca, y nadie que esté interesado seriamente en el asunto puede esgrimir un argumento de esa naturaleza. En realidad, si hay un modelo teórico y práctico agotado es el liberal, nacido de la feliz combinación de las herencias teóricas de John Locke y Adam Smith hace más de dos siglos y que en la actualidad ha sido progresivamente sustituido por el neoconservadorismo. Ya después de la Primera Guerra mundial Lord Keynes había proclamado, muy a su pesar, "el fin del liberalismo", y los acontecimientos posteriores respaldaron plenamente sus pronósticos. La práctica liberal se tornó corporativista, cuando no abiertamente fascista o reaccionaria; y la teorización hegemónica en el campo de la burguesía se fue desprendiendo aceleradamente de los residuos liberales y abrazando abiertamente un pensamiento estatista centrado en la defensa de los valores encarnados en la empresa monopólica. Una simple

ojeada a las contribuciones de Milton Friedmann e Irving Kristol son suficientes para calibrar la intensidad de esta involución. Las figuras del ciudadano y del pequeño empresario compitiendo en un mercado libre, verdaderos héroes del relato lockeano y smithiano, han sido sepultadas por la exaltación de la apatía cívica promovida por los teóricos neoconservadores y por la práctica desaparición de los mercados competitivos en la inmensa mayoría de las ramas de la producción capitalista.

No es una inocente paradoja que precisamente cuando el modelo teórico del liberalismo se encuentra en crisis los voceros ideológicos del capitalismo se desviven por anunciar *urbi et orbi* la superación del marxismo. Tan profunda es la crisis del liberalismo que los temas que hoy obsesionan al pensamiento burgués son los grandes temas de la tradición marxista: la contradicción entre capitalismo y democracia, esto es, entre la acumulación monopólica y la legitimidad popular; el estado y la burocratización; el problema de la ingobernabilidad de la sociedad civil; la crisis de las ideologías y los procesos de desintegración del bloque histórico; y, *last but not least*, el tema del realismo y la utopía en los proyectos de transformación social.

Un signo evidente de la vitalidad de la tradición marxista es que sus preocupaciones son hoy por hoy las que prevalecen sin contrapeso en el debate teórico e ideológico contemporáneo. Es más, diría que a los marxistas les ha tocado la tarea de reflotar algunos valores que, nacidos al calor del ascenso de la burguesía, han sido progresivamente abandonados por el capitalismo monopolístico. El protagonismo de la sociedad y el respeto a los derechos individuales, entre los cuales los derechos humanos ocupan el sitio privilegiado, son recuperados del olvido en que habían caído en los ambientes liberales por la discusión contemporánea del marxismo.

Es evidente que todo lo anterior no significa, lo reiteramos una vez más, que la herencia teórica de Marx constituya un universo cerrado de verdades eternas. Hay muchos problemas, teóricos, de interpretación de la realidad de nuestro tiempo; y prácticos, relativos a las estrategias y resultados de los ensayos de transformación social realizados en nombre de Marx. Se trata, por lo tanto, de un proyecto teórico y práctico en construcción. Convendría, por lo tanto, cerrar estas reflexiones con la serena certidumbre de Galileo ante sus inquisidores: *¡Eppur si muove!*.

2. El sujeto de la Revolución:

C.d.S.: Los cambios operados en la economía mundial, y particularmente en las sociedades latinoamericanas, produjeron transformaciones importantes en la estructura social, con cambios en las relaciones de clase y fracciones de cla-

se. La propia clase obrera ha sufrido un proceso de recomposición con ciertos indicios de dispersión y fragmentos en su interior.

Esto ha dado pie a que distintos núcleos de intelectuales planteen la pérdida de la "centralidad del proletariado", esto es de su rol como sujeto histórico de la transformación social. Como contrapartida ponen el acento en los llamados nuevos movimientos sociales.

¿Qué consideraciones les merecen estas hipótesis, y qué significado le asignan a movimientos que si bien no tienen una definida connotación de clase pareciera ser que su propia dinámica los enmarca en una orientación anticapitalista?

E.S.: Nosotros seguimos con atención las consecuencias sociales de los cambios operados por el proceso de transnacionalización, por la irrupción de nuevas tecnologías y los cambios en las formas de producción. El reconocimiento de estos cambios, en particular los que se refieren a la estructura de la clase obrera, su peso relativo y absoluto y a la instauración de nuevas técnicas de control sobre ella por parte de la burguesía va acompañada, para nosotros, por una posición activa orientada a promover la resistencia a la fragmentación y división de la clase obrera que esas modificaciones dejan planteadas. Se trata del establecimiento, desde una perspectiva nueva, de relaciones entre ocupados y desocupados, entre calificados y no calificados, entre las ramas modernas y las tradicionales, etcétera.

El reconocimiento de estos cambios no implica suscribir la hipótesis acerca de la pérdida de potencial revolucionario de la clase obrera que está detrás de muchos de los planteos acerca de la pérdida de "centralidad de la clase obrera". Esa postura descansa sobre una visión estática que circunscribe el concepto de clase obrera, o su virtualidad revolucionaria, al mantenimiento del prototipo de producción emergente de la segunda revolución industrial.

Este pensamiento sólo ve las tendencias a la fragmentación de la clase obrera, en un enfoque unilateral que ignora las de signo contrario, las tendencias a la asimilación de amplios sectores sociales, considerados tradicionalmente como capas medias, a la situación de asalariados con un nivel de vida semejante al de la clase obrera.

Tras esa visión se oculta, creemos, la intención de cohonestar con ropaje científico, el propio abandono de las posiciones revolucionarias por parte de ciertos intelectuales. La claudicación subjetiva trata de disfrazarse de diagnóstico objetivo de la realidad.

Por otra parte ¿a qué movimientos sociales nos referimos? Aquí también hay que separar la paja del trigo. Desde esos mismos círculos "posibilistas", consecuentes en una visión eurocentrista, se habla de movimientos que se desarrollan fundamentalmente en los países desarrollados: movimientos "verde", feministas, etc.

Sin despreciar las potencialidades anticapitalistas de estos movimientos, cuya base objetiva se encuentra en las peculiares manifestaciones de la crisis del capitalismo en dichos países y reconociendo su existencia aún limitada en nuestro país, hay que destacar que los nuevos movimientos que aquí se han desarrollado con fuerza son los que responden a las condiciones de nuestra sociedad: los movimientos por los derechos humanos y el llamado movimiento territorial.

Este último, protagonizado por los que son marginados por el proceso de transnacionalización, los pobres urbanos: obreros, desocupados, cuentapropistas, se ha venido gestando en la lucha por la ocupación de tierras para vivienda, en la autodefensa del barrio frente a la policía de gatillo fácil. Este sector, el de los pobres urbanos, es el que sufre más agudamente las consecuencias de la crisis, ésta los genera continuamente, acrecentándolos en cantidad y concentración. Por otra parte, es este sector el que presenta el mayor grado de proximidad social y aún espacial con la clase obrera.

El movimiento por los derechos humanos, nacido en la resistencia a la dictadura, a su vez se liga cada vez más a las restantes luchas populares levantando los derechos a la vivienda, al trabajo, a la salud, y mantiene toda su vigencia en la lucha contra la restricción de la democracia.

Además existen “viejos movimientos”, como el siempre joven movimiento estudiantil que jugó tradicionalmente un rol central en estrecha relación con las luchas obreras y populares.

Estos son los movimientos sociales a los que mayor atención prestamos, porque estos son los que, en las condiciones económicas y políticas de nuestro país, tienen mayor potencialidad revolucionaria.

También hemos seguido con atención la experiencia de los movimientos revolucionarios triunfantes de América Latina, donde efectivamente, si bien la clase obrera ha sido uno de sus protagonistas, no los ha hegemonizado a la manera del planteo marxista tradicional. Sin embargo, creemos que las condiciones de la Argentina son diferentes a las de los países centroamericanos y nuestra responsabilidad es dar una respuesta adecuada a las condiciones de nuestro país.

Nosotros contamos con la existencia de una clase obrera numerosa, con un alto índice de sindicalización y una amplia tradición de lucha y de protagonismo político; con el desarrollo creciente de los sectores populares urbanos y con el ingreso decidido a las luchas y a la organización sindical de sectores asalariados como los médicos, docentes, empleados estatales, etc. Por eso nuestra visión es de complementación y potenciación mutua entre los diferentes sectores populares y no de alternativa excluyente entre ellos.

Nuestro análisis de la estructura económico-social y de la crisis que sufrimos nos indica que la revolución que está a la orden del día deberá conjugar

en un mismo proceso los objetivos antiimperialistas, democráticos y socialistas. Por lo tanto para nosotros el sujeto social central de la revolución sigue siendo la clase obrera en estrecha alianza con otros sectores sociales objetivamente interesados en este cambio revolucionario.

El objetivo de nuestra labor diaria es ubicar el campo concreto de intereses comunes y traducirlos en solidaridades activas, en luchas conjuntas por reivindicaciones compartidas. El mayor imperativo frente a los cambios que se están operando, es, para los revolucionarios, la lucha por la unidad de la clase y del conjunto de los sectores populares. Ello se ve facilitado objetivamente por el cuadro general de aumento de los sufrimientos del pueblo, pero necesita ser convertido en movimiento conciente desde el pensamiento y la militancia revolucionaria.

H.F.C.: La derrota de los ejércitos de Hitler en Stalingrado abrió la época revolucionaria más grandiosa de la humanidad, con alzamientos generalizados de masas. En esa época estamos. Y desde hace 20 años, con hechos como el Mayo Francés, el Cordobazo y, posteriormente, las sistemáticas luchas del proletariado inglés contra la Thatcher, de Solidaridad en Polonia o de los mineros sudafricanos, que encabezan el combate contra el apartheid, la clase obrera tiende a colocarse en el centro de la escena mundial. En nuestro país y en todo el Cono Sur, nunca dejó de estarlo, salvo cuando fue derrotada. En España, Francia y Alemania hay un crecimiento de la lucha obrera, que acompaña al de Gran Bretaña. Y en los estados obreros, donde vive un tercio de la humanidad, la clase obrera protagoniza una dura lucha, una revolución política antiburocrática que es también contra la expoliación impuesta por el imperialismo a sus países, que ya golpea las puertas de la URSS, como lo demuestra Armenia. No vemos, en consecuencia, pérdida de centralidad del proletariado, sino aumento de la misma.

Es cierto que la clase obrera más estratégica para la revolución socialista, la de los Estados Unidos, permanece quieta. Pero del mismo modo que antes peleó —por ejemplo, cuando su movilización antibélica ayudó decisivamente al histórico triunfo vietnamita—, puede volver a hacerlo, y en un nivel superior.

No estamos de acuerdo con las explicaciones objetivistas, al estilo de André Gorz en su libro “Adiós al Proletariado”, que hablan de una clase obrera fracturada, achicada y desplazada por la automatización y la microelectrónica. La más grande revolución obrera se hizo en Rusia, donde el proletariado era una pequeñísima minoría de la población.

Además, pensamos que el desarrollo capitalista confirma a Marx, que previó la semiproletarización y proletarización de sectores sociales crecientes. El habló de clases sociales y no económicas, advirtiéndolo el fenómeno, incipiente en su época y hoy masivo, de los maestros médicos, escritores, periodistas, artistas empleados públicos, de comercio, de la sanidad, de los bancos,

etc., que producen plustrabajo para sus patrones o para el Estado capitalista. Esos asalariados son parte de la misma clase social que el obrero industrial.

Los cambios en la composición orgánica del capital, por un lado, y el desarrollo de los servicios, por el otro, han modificado la relación entre el número de obreros industriales y el conjunto del proletariado, pero éste se ha extendido, así como sus procesos de sindicalización y de lucha. Las huelgas más importantes libradas recientemente en Argentina, España y otros países, han sido las de los docentes.

Mientras el capitalismo no cambie y subsista mediante la explotación económica de los asalariados a través del mercado, no podrá decirle “adiós al proletariado” No podemos descartar que el capitalismo imponga otras formas, tales como la esclavitud en campos de concentración, como Hitler, o el apartheid de Sudáfrica. En ese caso daría otro paso en su camino hacia la barbarie y produciría otro tipo de explotados. Hoy produce proletarios.

En su actual etapa senil, el sistema capitalista-imperialista superexplota a los asalariados, arrasa las conquistas y el nivel de vida de las masas, destruye la naturaleza poniendo en peligro la vida misma, recurre a regímenes genocidas y redobla viejos o acude a nuevas formas de opresión nacional, contra los países semicoloniales y contra los estados obreros, así como de opresión racial, sexual, de la juventud, la ancianidad, etc. Esto produce una multitud de respuestas de masas, que hacen revolucionaria a la situación mundial, porque en casi todas partes pueden estallar crisis y revoluciones.

Para que estas respuestas de masas avancen hacia la revolución socialista mundial, creemos que hace falta que las centralice la clase obrera —la única que autodeterminándose democráticamente puede plantearse ese objetivo—, con un partido revolucionario mundial, como fue la Tercera Internacional de Lenin. Hoy falta esa combinación y el mundo muestra multitud de revoluciones interrumpidas y traicionadas.

Para que el proletariado pueda cumplir su papel de centralizador de la lucha por el socialismo mundial es necesaria una trama de lucha de sectores de clases y partidos. En la Revolución Rusa, por ejemplo, un sector de la clase obrera, dirigido por el partido menchevique, no apoyó la toma del poder. En cambio, lo hizo un sector de la clase media, dirigido por el partido de los SR, que apoyó al ala proletaria conducida por los bolcheviques y Lenin. Así se triunfó en Rusia y se abrió la posibilidad de hacer la revolución socialista en Europa.

Por eso, los trotskistas creemos que, tan importante como precisar el sujeto social de la revolución, que para nosotros es la clase obrera acaudillando a otros sectores populares, es precisar y construir lo que hoy falta: el sujeto político, el partido revolucionario, que cumpla el papel de los bolcheviques. Nuestra corriente busca hacerlo apoyándose en el sector más explotado de la

clase obrera y con la política de movilizar a su conjunto, así como dirigiéndose desde el proletariado a todos los sectores populares en lucha.

A.B.:— Uno de los grandes temas del momento actual es precisamente la cuestión de la “centralidad del proletariado” La magnitud de los cambios generados por las transformaciones del capitalismo desde la segunda posguerra es de tal envergadura que plantea urgentemente la necesidad de re-examinar ciertas premisas que hasta el momento eran aceptadas sin demasiadas complicaciones.

La descomposición del antiguo proletariado y la recomposición compleja de las clases subalternas constituyen fenómenos perceptibles a simple vista tanto en los capitalismos metropolitanos como en los de la periferia, y ningún marxista serio puede ignorar o subestimar la trascendencia de estas novedades. Estas mutaciones fueron acompañadas por el auge de toda una serie de teorías que recibieron la noticia con una agradable mezcla de alivio y satisfacción. De ahí que muchos se entregasen a la tarea de dar cuenta de los nuevos movimientos sociales y de la asombrosa capacidad para “inventar actores” a partir de discursos, prodigándose en explicaciones acerca de la desaparición de los añejos actores clasistas del capitalismo. En este sentido cabría recordar que son pocos los que podrían igualar la inflamada elocuencia del *requiem* rezado por André Gorz cuando escribiera, a principios de esta década, su famoso *Adiós al proletariado*. Sin embargo, ni la elocuencia ni la celebridad garantizan necesariamente la rectitud del análisis.

Tal como decía Lucio Colletti hace unos cuantos años, el fracaso de la “revolución en Occidente” puntualiza algunas serias insuficiencias de la teoría marxista. Sin embargo, los alcances de esta frustración y el punto hasta el cual invalidan al conjunto de la teorización propuesta por Marx, y desarrollada por la tradición intelectual y política que se identifica con su nombre, constituyen cuestiones mucho más debatibles. La existencia de ciertos hechos no adecuadamente explicados por una teoría de la sociedad y la historia puede sin duda cuestionar ciertas hipótesis o proposiciones particulares contenidas en ella pero su completa refutación exige una serie de condiciones que, por el momento, no se encuentran a la vista.

Estas consideraciones son relevantes por cuanto a partir de la tan publicitada “crisis del marxismo” se ha procedido a despachar con alarmante desaprensión una serie de temas estrechamente vinculados a su perspectiva teórica y política, y de indudable trascendencia para el análisis de la sociedad capitalista: entre ellos sobresale la cuestión de las clases sociales. El vacío teórico-práctico dejado por esta verdadera eutanasia de las clases fue compensado por la simétrica aparición de nuevos sujetos sociales. La presunta extinción de las primeras es condición de la vitalidad de los segundos. Ahora bien, al reconstruir someramente la historia del capitalismo en el siglo XX se comprobará

de inmediato que si bien la clase obrera occidental fracasó en el cumplimiento de su “misión histórica” no por ello dejó de producir significativas reformas en la estructura de los capitalismos “realmente existentes” Estos de hoy no son los mismos que existían a principios de siglo, y si cambiaron en una dirección congruente con el afianzamiento de la libertad, la democracia y la igualdad, produciendo estados más democráticos y sociedades un poco menos clasistas, ha sido gracias al inmenso y continuo protagonismo de la clase obrera. El “darwinismo social” del mercado fue neutralizado y revertido por los esfuerzos de las clases y capas subalternas y sus expresiones políticas y sindicales. La historiografía occidental contemporánea, tanto la de inspiración liberal como la marxista, ha producido una evidencia abrumadora que respalda plenamente esta afirmación. Tal como lo planteara Miliband en un trabajo reciente, si hoy tenemos, en algunas partes, capitalismos democráticos, *welfare state*, sociedades más abiertas y un recortado despotismo del capital en la economía es porque la clase obrera de occidente impugnó al capitalismo y trató de reformarlo. Es cierto: no se lanzó a “tomar el cielo por asalto” consumando su revolución y además sus proyectos reformistas fueron desigualmente exitosos, pero su protagonismo y su vocación transformadora han sido indiscutibles.

La idea de la invención de nuevos sectores sociales, criaturas de potentes discursos convertidos en hacedores hegelianos de la historia, ha fascinado en los últimos años a vastos círculos del pensamiento social europeo y latinoamericano. El descrédito del reduccionismo economicista, rasgo distintivo tanto de una cierta *vulgata* que se autoidentifica con el marxismo como de múltiples expresiones del pensamiento liberal, provocó una verdadera estampida de especialistas que salieron a recorrer la sociedad civil en búsqueda de nuevos actores sociales. Para asombro de los espíritus más flemáticos esta empresa fue emprendida con el fervor dogmático que suele caracterizar a estas coyunturas de la historia intelectual, en donde el descubrimiento de una nueva “piedra filosofal” moviliza las más fuertes emociones con el consiguiente perjuicio para la necesaria sobriedad de la mirada analítica. En su entusiasmo, *la nouvelle vague* reemplazó las figuras de los arcaicos y languidecientes héroes clasistas del pasado con las pujantes imágenes de los nuevos actores sociales, confiriéndoles además, en el plano de la teoría, una potencialidad explicativa difícilmente verificable en la práctica concreta.

Pero esta situación merece algunos comentarios. Digamos, para comenzar, que las leyes de movimiento de una sociedad no desaparecen por un capricho del concepto. Los diligentes teólogos medievales se prodigaron durante siglos para demostrar que la tierra era inmóvil y ocupaba el centro del universo, pero eso no logró alterar en lo más mínimo las pautas regularizadas de la rotación y traslación de nuestro planeta; similarmente, la ley de la gravitación universal existía mucho antes de que una manzana cayese sobre el hombro de

Newton. Es evidente que estos ejemplos no pueden trasladarse mecánicamente al terreno de lo social, porque la conciencia de los hombres y su praxis histórica concreta pueden modificar la legalidad de la sociedad. Eso es lo que ocurre cuando triunfan las revoluciones. Necesidad y libertad, determinación estructural y praxis transformadora son polos que coexisten en perpetua negación dialéctica. La proliferación de actores sociales no necesariamente produce la abolición de las leyes de movimiento de la sociedad de clases: sólo quiere decir que el escenario de lo social se ha complejizado. El aumento en el número y calidad de los actores sociales no significa la cancelación de las clases sociales ni el eclipse de su conflicto como el eje fundamental de ese tipo de sociedades.

Por otra parte parecería ocioso tener que recordar que la centralidad del proletariado como sujeto de la revolución nada tiene que ver con una cuestión estadística. La clase obrera no está llamada a crear una nueva sociedad en función de insondables atributos metafísicos o por el hecho banal de su volúmen cuantitativo. Marx no era un pensador tan superficial como para haber llegado a formulaciones tan simplistas. La centralidad del proletariado se desprende del lugar que esa clase desempeña en el proceso de producción y, por consiguiente, en el sistema de contradicciones que caracteriza a la sociedad burguesa. Que el proletariado constituya o no una clase mayoritaria es un dato accesorio al argumento marxiano. En ciertas etapas históricas eso fue así, pero no constituye un componente necesario de su razonamiento teórico. Su centralidad se arraiga en el hecho de que sólo esa clase reúne las condiciones potenciales, no determinísticas, para subvertir el orden burgués, y esto por su inserción en el proceso productivo y por su irremplazable papel en la valorización del capital.

Dicho esto, es preciso admitir que la fisonomía actual de la clase obrera dista mucho de ser la que Marx conociera en su época. La fragmentación de la clase obrera, su empequeñecimiento y ulterior recomposición constituyen datos insoslayables; que esto nos faculte para hablar, sin más trámites, de su progresiva desaparición dentro del capitalismo resulta por lo menos una temeraria conjetura. Por consiguiente, creemos que se impone una revisión bastante profunda del concepto de proletariado utilizado por la tradición clásica del marxismo. Digámoslo de una vez: esa concepción, y la correspondiente ampliación leninista con la tesis de la 'aristocracia obrera', no se compadece con los grandes desarrollos tecnológicos experimentados en los últimos quince o veinte años. Estos produjeron radicales modificaciones en la naturaleza del proceso productivo y en el proceso de valorización del capital, todo lo cual nos impone la necesidad de repensar críticamente la naturaleza del proletariado en el capitalismo tardío.

A partir de estas mutaciones en la anatomía de las clases subalternas y de la crisis de sus estructuras tradicionales de mediación —partidos y sindicatos—

emergen los nuevos movimientos sociales. Estos expresan, por eso mismo, una realidad distinta pero no contradictoria con el continuado protagonismo de las clases sociales. La correcta apreciación de las potencialidades transformadoras de los primeros no requiere necesariamente la cancelación de las segundas. Antes bien, la dinámica de los movimientos sociales es prácticamente indescifrable si no se la sitúa en el contexto más global de las relaciones de clase y sus contradicciones estructurales. Las reivindicaciones de los vecinos de las barriadas populares, de las mujeres, de los jóvenes, de los defensores de los derechos humanos no pueden ser plenamente comprendidas si no se las integra en el marco más comprehensivo del conflicto social y la dominación de clase.

Basta examinar la estructura y el funcionamiento de las sociedades contemporáneas, en los Estados Unidos, Europa o América Latina, para comprobar que ni las clases han desaparecido ni los antagonismos clasistas se han esfumado. Sin embargo, esto no autoriza a decir, desde una lectura dogmática que muchas veces ha padecido la izquierda, que lo único que importa son las clases (lo que aparte de ser falso es flagrante distorsión de la teoría de Marx) y que la lucha de clases es la única contradicción relevante para la comprensión de nuestras sociedades. La proliferación sin precedentes de sujetos sociales constituye pues un dato novedoso de los capitalismos contemporáneos, y que plantea innumerables problemas teóricos y prácticos. Una parte importante de estos nuevos actores han contribuido con sus demandas e iniciativas a socavar la estabilidad de la dominación burguesa, y su concurso será, habrá de ser importantísimo para viabilizar la transformación de la sociedad actual. La creciente complejidad de los capitalismos contemporáneos ha creado nuevas líneas de conflicto, que coexisten articuladamente con el antagonismo de clases. Y éste sigue siendo, tanto en los capitalismos centrales como en la periferia del sistema, la “falla geológica” fundamental de nuestras sociedades. En relación a esto, y para no prolongar excesivamente estos comentarios, permítaseme concluir citando una vez más el trabajo del profesor Miliband, cuando dice que:

“De ninguna manera quiere decir esto que los movimientos de mujeres, negros, pacifistas, ecologistas, homosexuales y otros no sean importantes, o no puedan tener efecto, o que deban renunciar a su identidad aparte. De ninguna manera. Sólo significa que el principal (no el único) sepulturero del capitalismo sigue siendo la clase obrera organizada. Esta es el necesario, indispensable instrumento de cambio histórico. Y si, como se dice constantemente, la clase obrera organizada se rehúsa a encargarse de la tarea, entonces la tarea no se hará...(N)ada ha sucedido en el mundo del capitalismo avanzado y en el futuro de la clase trabajadora que autorice a una visión de tal futuro”.¹

Por lo tanto la presunta extinción de las clases y su reemplazo por nuevos actores sociales ha sido un producto más ilusorio que real. Tampoco es algo nuevo, porque a mediados de los cincuenta también se difundieron ideologías bastante elaboradas que hablaban, precisamente, del “fin de las ideologías”, la progresiva desaparición de la clase obrera y el agotamiento de la lucha de clases. Ya sabemos lo que pasó después, y nadie ha vuelto a acudir a esas formulaciones supuestamente definitivas acerca de la estabilización del capitalismo. Por consiguiente, hoy asistimos a la multiplicación en el número de los sepultureros que colaboran con el más antiguo e importante en el socavamiento de las estructuras de la sociedad burguesa. Esta se enfrenta así a la negatividad de un conjunto muy grande y diversificado de sectores que plantean demandas puntuales, en otros casos globales, y cuyo manejo resulta crecientemente problemático. La consternación de los principales teóricos de “la crisis de la democracia” ilustra adecuadamente esta preocupación. En efecto, más allá de la posible radicalización de estas exigencias de autonomía e identidad, de intereses y de ideologías, la simple proliferación en el número de grupos y sectores sociales que se sienten “excluidos” o marginados implica, en términos prácticos, un aumento de los niveles de antagonismo del sistema, la declinante eficacia y efectividad de los aparatos estatales y una erosión en sus márgenes de legitimidad. Todo esto no hace sino estimular el círculo vicioso de la ingobernabilidad, cuyas consecuencias exigen de parte del estado y de la sociedad civil respuestas muy contundentes: o bien una reafirmación de la estructura que coagula la desigual distribución de la riqueza y el poder, y ahí están los ejemplos variados del neoconservadorismo en occidente, o, por el contrario, una innovación radical en los contenidos y en las formas de la política que, al fundarse en el protagonismo de la sociedad civil, implica el fortalecimiento gradual pero significativo de las tendencias hacia la transformación socialista del sistema.

3 - El Estado:

C.d.S.: —Uno de los temas que recorre con más fuerza el campo societal tiene que ver con el nuevo papel asignado al Estado.

La crisis del capitalismo se expresa, al decir de E. Alvater, a través de la mediación estatal. El Estado se vuelve el centro de actividad de la misma, al mismo tiempo que se modifica la modalidad de intervención del mismo en la economía. Esta situación ha generado no pocas disputas políticas alrededor del rol que tendría que jugar el Estado. Privatización, estatización, neutrali-

¹ Miliband, Ralph: “El nuevo revisionismo en Gran Bretaña”, en *Cuadernos Políticos* (México), Nº 44, Julio-diciembre de 1985, p. 26.

dad, democratización del mismo, son diversas aristas de una misma polémica abierta y no saldada, más aún en un país donde la cultura estatista está fuertemente asentada. ¿Qué piensan Uds. alrededor de esta problemática para hoy? ¿Cuál debe ser la política que la izquierda debe desarrollar en este aspecto?

E.S.: —El debate sobre el Estado en sus propios términos ha sido una valiosa arma para la gran burguesía, utilizada para apartar la atención de la lucha de clases, de la explotación, de la dependencia, y dividir a la sociedad sobre ejes falsos, donde un Estado neutral aparece como el culpable de todos los males. Es responsabilidad de la izquierda centrar la cuestión en sus justos términos. El estado que se “transnacionaliza” recoge y lleva a su máximo nivel la esencia del estado capitalista. El estado que se “transnacionaliza” es una vuelta de tuerca en el militarismo. Es el avasallamiento de la soberanía política nacional. Es la conformación de una nueva institucionalidad política que tiende a restringir el concepto de democracia. Es el garante de la reproducción de un sistema que en su estadio actual trae más explotación, marginación de las masas del mercado de trabajo y de consumo, más sufrimiento para el pueblo.

El Estado, lejos de retirarse de la economía, está como nunca comprometido con ella. La neutralidad del Estado, hoy como ayer es una ilusión promovida por quienes pretenden ocultar su carácter de clase. El Estado sigue manteniendo su rol de sostén de las condiciones sociales de la producción y por lo tanto de garante de la dominación del bloque en el poder. Lo que ha cambiado es la conformación de ese bloque y, con él las formas y las modalidades de intervención del Estado en lo económico y en las relaciones sociales en general.

Hoy el Estado por un lado se retira de algunas de sus funciones económicas “tradicionales” (las del Estado intervencionista que se desarrolla a partir de la crisis del 30), y reformula su papel de regulador en función a la más rápida concentración de riqueza y el más firme y directo entrelazamiento con el sistema mundial. Todo esto en el marco global de un proceso de reconstrucción hegemónica del poder del bloque dominante que abarca todo el estado y sus aparatos.

En el plano económico, al ritmo acelerado de la concentración del capital con su contracara de explotación de las masas y de segregación de la producción de grandes sectores populares, el aparato productivo estatal es presa preferida de los monopolios nacionales e internacionales al amparo de la política de capitalización de la deuda impuesta desde los centros transnacionales de decisión económica: FMI, Banco Mundial, etc.

Las privatizaciones que tienen como característica dominante la asociación del capital monopolista local y/o extranjero con el capital estatal en la reestructuración de las empresas públicas sólo “modernizan” en todo caso una

parte de ese aparato productivo: el que resulta rentable de acuerdo con la fragmentación del consumo que impone el proceso de transnacionalización. Por eso es que, mucho más velada en el debate político, pero de igual o mayor importancia es la retirada del Estado de otras funciones económicas “tradicionales”, en el campo de la reproducción de la fuerza de trabajo: salud, vivienda, servicios sociales, transportes, etc. Pero esto es también congruente con el proceso de transnacionalización: acompaña a la segregación de la producción y a la segmentación de la sociedad según sus capacidades de consumo.

Pero no sólo cambian las modalidades de intervención del Estado en la economía. Proyectos y fenómenos tan dispares como la Reforma constitucional, los cambios de la relación Poder Ejecutivo-Poder Legislativo, la reformulación del rol institucional de las FF.AA., los procesos de descentralización, el proyecto de traslado de la Capital, la constitución en el marco del Ejecutivo de distintas formas institucionalizadas de concertación social, las nuevas relaciones público-privadas en los aparatos ideológicos, la reestructuración del aparato administrativo y la conformación de una burocracia de tipo “gerencial”, adquieren una significación general única si la interpretamos bajo esta reformulación del rol del Estado, cuya esencia es su readecuación para la resolución de la crisis bajo la hegemonía de la burguesía financiera.

El dilema político de fondo de la llamada Reforma del Estado en marcha es reunir en un momento de predominio del consenso en la ecuación coerción-consenso del actual sistema de dominación, una política de neto corte antipopular con el aseguramiento de la gobernabilidad sobre la sociedad. Pero el dilema político de la izquierda no es más sencillo.

Una posición tradicional de defensa de la propiedad estatal, por ejemplo, no sólo tiene el defecto de encubrir la verdadera funcionalidad de la intervención económica del Estado capitalista dependiente, sino que además corre el riesgo de constituirse en una suerte de “utopía reaccionaria”

Pero su contracara, que iguala en la condena al estado intervencionista con el “transnacionalizado” en nombre de su esencia capitalista, corre el mismo riesgo de cualquier prescindencia en el campo de la política: la renuncia a la disputa concreta y en su ineficacia, el dejar el camino libre a las fuerzas más dinámicas del capitalismo.

Para nosotros, el problema del paso de un rol pro-monopolista y pro-dependientista del Estado a un papel de organizador de un proceso de liberación nacional y social está definido esencialmente por el cambio en el poder del Estado. Nuestro planteo programático político gira alrededor de tres cuestiones interconectadas entre sí:

- a) la estatización de la propiedad privada monopólica que detenta los aspectos claves del control económico-social.
- b) la gestión de la propiedad estatal en función de los intereses populares.

c) la planificación, dirección y control del aparato estatal por medio de la más amplia participación popular organizada.

Con este horizonte de transformaciones, la lucha concreta diaria contra esta reconfiguración del Estado que sufrimos, es el punto de partida para la creación de la base político-social de otro Estado, expresión de la democracia popular y herramienta estratégica de la construcción del socialismo en la Argentina. Orientar la lucha de forma tal que las necesidades de los distintos componentes del bloque popular se conecten entre sí reuniendo en un sólo haz la defensa que los trabajadores estatales hacen de sus fuentes de trabajo, por ejemplo, con la exigencia de servicios públicos para la masa marginada por la transnacionalización, es la tarea más importante en el camino hacia la construcción de otro tipo de Estado.

H.F.C. — Para los marxistas, el Estado es resultado de la división de clases de la sociedad. Marx dijo que “es una forma de síntesis de la sociedad burguesa” Lenin enseñó que “es siempre un estado de clase” y Engels nos habló de la función represiva de las fuerzas armadas y policiales. Los rasgos bonapartistas, incluso progresivos, que pueda asumir —por ejemplo cuando el Estado capitalista de nuestro país semicolonial adquirió las empresas públicas imperialistas—, se han dado siempre al servicio de la burguesía y dentro de esa finalidad coercitiva de clase. La misma ha quedado totalmente demostrada, por si hacía falta, en el genocidio estatal hecho en muchos países empezando por el nuestro.

Creemos que nuestra política no puede ser otra que la lucha contra ese Estado represor de clase y su conquista por el proletariado, para preparar la “extinción de la maquinaria estatal”, una vez conseguida la sociedad sin clases en el mundo.

En nuestro país, el Estado está en crisis. La masa asalariada, empleada en su maquinaria, desde los ministerios y las provincias hasta las fuerzas policiales y armadas, se levanta contra la pérdida de su nivel de vida. Igualmente, la crisis económica ha dislocado las funciones llamadas de protección social, con el reclamo generalizado de la sociedad. Y el imperialismo, asociado al capital monopolista local, exige una redimensión del Estado. Con la privatización de las empresas públicas rentables busca avanzar en la semicolonización del país y relanzar un proyecto de acumulación sin nuevas inversiones, apropiándose del patrimonio acumulado por el Estado a expensas de los trabajadores. Con la supresión de las regulaciones, pretende liberar el mercado al servicio de las transnacionales y sus socios locales.

Los marxistas tenemos que intervenir en esta crisis, apoyando la lucha de los empleados públicos, que son parte de la clase obrera, y también la justa

protesta social de los agentes y suboficiales, para avanzar en el juicio y castigo de los genocidas y en la conquista de sindicatos y agrupaciones políticas dentro de las fuerzas represivas, que nos permitan ganar a un sector de ellas para el proletariado. Asimismo, oponernos a la privatización de las empresas públicas, exigiendo el control obrero de las mismas.

A.B.: Esta problemática, la de los cambios recientes del Estado capitalista, vinculada con la respuesta anterior, nos remite, por último, a un tema de fondo para el pensamiento y la praxis de la izquierda en América Latina. No obstante, hasta el momento y debido a la inadecuación de las respuestas que las fuerzas populares propusieron en relación a la crisis fiscal del Estado, ha sido la derecha conservadora la que ha capitalizado los réditos políticos ante el electorado y la opinión pública. En efecto, la ofensiva lanzada por sus representantes la ha hecho aparecer como una verdadera campeona del antiestatismo y seriamente preocupada por el mejoramiento de la calidad y la eficiencia de los aparatos estatales. Su hábil manipulación de la retórica privatista hizo que ésta penetrara muy profundamente en la sociedad argentina y, huelga decirlo, en sus principales partidos políticos. El “sentido común” del keynesianismo desarrollista, que le asignaba al Estado un papel rector en la acumulación capitalista y la distribución social de los frutos del progreso económico, fue progresivamente abandonado, o al menos cuestionado, ante el embate de un neoconservadorismo que descubría en los vicios de la política democrática las causas del malestar económico de los setentas. Toda la discusión suscitada en los capitalismo avanzados a propósito de la “crisis de la democracia”, la “ingobernabilidad de la sociedad civil” o la “crisis fiscal del Estado” son manifestaciones de esta trabajosa rearticulación de la burguesía con su Estado.

Lo cierto es que la sagacidad de los representantes ideológicos del conservadorismo con su corte de mandarines, comunicadores y voceros de distinto tipo, ha logrado imponer un discurso anti-estatista y privatista que, no sólo es demagógico sino que además, es insostenible científicamente e inaceptable éticamente. En el caso argentino esta tarea se ha visto facilitada por la situación objetivamente calamitosa del sector público, a tal grado que no son pocos los especialistas que categorizan a nuestros aparatos estatales entre los más atrasados e ineficientes de América Latina, muy alejados de países como México y Brasil, cuyas estructuras estatales han realizado notables progresos en los últimos veinte años. El colapso del Estado argentino ha creado un hondo resentimiento social, especialmente marcado entre los sectores medios y las clases populares, contra agencias gubernamentales que proveen servicios insuficientes y de baja calidad; que maltratan al usuario sometiénolo a un despotismo burocrático que largos años de dictadura han reforzado hasta límites

insospechados y que, para colmo de males, aplican tarifas exorbitantes. El silencio cómplice del populismo, con su anacrónico estatismo, y la perplejidad de la izquierda, que aferrada a las abstracciones se desentiende de la problemática concreta de este Estado, aquí y ahora, ha servido de magnífico caldo de cultivo para la resurrección, que no dudamos será efímera, del neoliberalismo y para el auge de una nueva panacea, la privatización, con la cual se espera remediar los viejos males del capitalismo argentino. Pero mejor vayamos por partes.

En primer lugar es curioso comprobar en la Argentina este súbito despertar de la conciencia privatista y anti-estatista en coincidencia, ¿por supuesto que puramente casual!, con los inicios de un difícil proceso de redemocratización. En los años del Proceso, cuando el estatismo más irresponsable y salvaje se enseñoreó de la vida nacional, los quejumbrosos partidarios del *laissez-faire* se hallaban seguramente distraídos en la contemplación de otros grandes temas de la teoría económica o la filosofía política. Entoncés el Estado “era bueno” y sus flagrantes ineficiencias (¿o es que los teléfonos y los ferrocarriles empezaron a funcionar mal el día que los argentinos reconquistaron la democracia?) eran contempladas con calculada benevolencia, al tiempo que sus “errores y excesos” en materia de derechos humanos fueron juzgados como productos del excesivo celo y la cortedad de entendimiento de algunos funcionarios menores del régimen. Es más, ciertas desviaciones “socializantes” de la dictadura fueron inclusive aplaudidas por los actuales apologistas del liberalismo por ejemplo, cuando por una resolución del Banco Central la deuda externa del sector privado fue asumida y garantizada por el Estado, transfiriendo a las clases y capas subalternas el costo de los negocios de la burguesía.

Lo anterior nos permite ubicar con más precisión, a pesar de la brevedad de estas notas, el encuadre ético-político que subyace a la ofensiva neoliberal en la Argentina y que, nos parece, no es muy diferente al que prevalece en otras latitudes. No se trata, por consiguiente, de una reflexión objetiva en torno al funcionamiento de los aparatos estatales y los servicios públicos en el capitalismo periférico sino de una postulación interesada formulada por sus intelectuales orgánicos con el propósito de salir de la crisis en las mejores condiciones posibles. Veamos la génesis doctrinaria de esta postura.

En la concepción del liberalismo decimonónico el Estado era representado como un agente “externo” a las relaciones sociales de producción, era concebido, en clave economicista y reduccionista, como un reflejo especular del mercado, y éste como un ámbito neutro en donde sujetos libres entraban voluntariamente en transacciones que les eran mutuamente beneficiosas y en donde nadie tenía capacidad de acumular demasiado poder o influencia.

Al excluir al Estado del campo de las relaciones económicas, por ser éste un ámbito de la sociedad civil y de lo privado, la ideología burguesa consagró el imperio del darwinismo social vigente en el mercado. La explotación capita-

lista se reproducía sin turbulencias, porque se amparaba en la falsa neutralidad de un Estado que, “dejando hacer”, absteniéndose de “intervenir”, pero interviniendo de verdad en miles de formas, logra imponer sobre la sociedad el programa de la burguesía. En la medida en que la hegemonía burguesa se afianzó hasta transformarse en el “sentido común” de una época el mito del Estado “neutro y prescindente” adquirió una consistencia cada vez mayor, cristalizando en un modelo de articulación entre Estado y sociedad civil, es decir, entre Estado y mercado. Pero la igualdad abstracta del Estado es desmentida por la desigualdad concreta del mercado, mientras que el funcionamiento de la economía “aparece” ante los ojos de la sociedad civil como resultado exclusivo de las iniciativas de los actores “privados”.

Claro está que el bloque histórico del capitalismo liberal nunca llegó a soldarse por completo pues las grietas que lo surcaban eran demasiado profundas y la aparente separación entre economía y política, entre mercado y Estado sólo gozaba de cierta verosimilitud en épocas de paz social. A medida que se agudizaba la lucha de clases y los sectores obreros se organizaban, o cuando la insurrección lanzaba a las masas a las calles a luchar por su autoemancipación, la tan pregonada prescindencia estatal se evaporaba como por arte de magia. Allí el discurso ideológico del liberalismo se estrellaba ante la transparencia del Estado que, con sus intervenciones no-mediatizadas, revelaba inequívocamente cuál era la clase a cuyo servicio estaba. Se desvanecían, en sus afanes represivos, las ilusiones del mercado prepolítico y autorregulado, de la economía sin Estado, de la neutralidad estatal y de la igualdad ciudadana.

El derrumbe de los mitos históricos del liberalismo se acelera después de la primera guerra mundial y la Revolución Rusa: tal como lo constatará Gramsci la situación de un Estado burgués tan mezquinamente detenido en su fase más elemental, la “económico-corporativa” se había tornado insostenible. La efímera recuperación de la primera postguerra sólo sirvió para prolongar una agonía que culminaría con estrépito al producirse el crack de 1929. Con él se cerraba toda una fase en el desarrollo del capitalismo y daba comienzo otra nueva, preñada de profundas transformaciones. En efecto, el crecimiento de los monopolios obligó a abandonar, sin demasiado decoro, las arcaicas supersticiones acerca de la “mano invisible” y el “mercado autorregulado” que ahora eran fervientemente condenadas por un coro tan desafinado como oportunista de economistas ortodoxos, que ante el derrumbe del viejo orden revalorizó súbitamente al “intervencionismo” estatal que antes execraban. El caso argentino es bien ilustrativo: fue el viejo pacto oligárquico quien, en los años treinta, arrojó por la borda un liberalismo históricamente obsoleto e instaló al Estado en el lugar rector de la economía. El populismo peronista no hizo sino profundizar esta tendencia surgida con la restauración autoritaria de la oligarquía. Es que en la Argentina, como en el resto del mundo, la gravedad de la crisis reclamaba a gritos una redefinición del papel del

Estado en el proceso de acumulación. Claro está que las nuevas exigencias tenían un fuerte costo ideológico pues equivalían, nada menos, a certificar la invalidación práctica del paradigma liberal y sus ilusiones autorregulativas.

La así llamada “revolución keynesiana” dio lugar a una drástica rearticulación entre Estado y sociedad civil, superadora de los arcaicos patrones de vinculación heredados de la época del capitalismo concurrencista. La formidable ampliación del Estado, tanto de su burocracia y aparatos como de sus funciones económicas, sociales, políticas y culturales, no fue sino la expresión de la creciente “centralidad” que éste adquirió tanto para la continuidad de la acumulación capitalista como para el reforzamiento del dominio de clase de la burguesía. Tal como correctamente lo plantearan Buci-Glucksmann y Therborn, la “revolución keynesiana” culminó en la consolidación de una nueva forma de Estado capitalista, el Estado de bienestar, que organiza esta nueva articulación con la sociedad civil a través de dos ejes principales: un modelo de acumulación y desarrollo, centrado en la relación entre Estado y capital y, por otra parte, un modelo de hegemonía-dominación, centrado en la relación Estado-masas populares.

Esto significó, en la práctica, una suerte de “socialización de la inversión” que, expandiendo las actividades económicas, absorbiese el desempleo y estimulase la demanda agregada. De este modo los empresarios volverían a invertir, atraídos por las perspectivas de altas tasas de rentabilidad, y el sistema corregiría sus desequilibrios. No obstante, va de suyo que una propuesta de este tipo dependía de la continua asistencia del Estado en su papel de supervisor del ciclo económico. Se entiende entonces la verdadera explosión experimentada por el aparato estatal en el capitalismo contemporáneo: inversionista, planificador, empresario, comprador, recaudador, promotor, distribuidor. Estas eran actividades que, según los economistas más doctrinarios, sólo servían para obstaculizar el progreso económico que emanaba de las fuerzas del mercado, por el contrario, aquellos ligados de manera orgánica con la burguesía las consideraban como absolutamente esenciales para restablecer el funcionamiento del capitalismo en la década de los años treinta y garantizar su espectacular e inigualado crecimiento experimentado en los años de oro de la segunda posguerra.

La otra cara del Estado desarrollista ha sido el Estado benefactor, y es precisamente en esta unidad dialéctica, que condensa los dos ejes de la nueva articulación entre Estado y sociedad civil, donde se encuentra el núcleo de los problemas que afectan al capitalismo contemporáneo. Su capacidad de gestionar la crisis depende por lo tanto no solamente de una modificación de las formas tradicionales de integración entre Estado y capital sino que, además, ese nuevo pacto debe, de alguna manera, ser refrendado por la voluntad de las mayorías. Esto significa que el Estado como gestor de la crisis debe, al mismo tiempo, transformarse en Estado benefactor, es decir, sensible y responsable

ante las demandas de la ciudadanía. El paradigma keynesiano requería, pues, compatibilizar dos lógicas: una económica, orientada a la reanimación y estabilización de la acumulación capitalista, y otra política, que aún sin proponérselo tendía a la integración de las masas y la pacificación social, la institucionalización de los conflictos y la creación de un orden burgués estable y legítimo.

La súbita y acelerada expansión del intervencionismo estatal desencadenada después de la gran depresión contó con el beneplácito del capital y sus representantes políticos e ideológicos. En efecto, las medidas anticíclicas constituían una medicina quizás un tanto amarga pero imprescindible para la restauración de una normalidad que ya no podía garantizar el mercado, y los problemas que enfrentaba burguesía eran demasiado serios como para recurrir a las supersticiones dieciochescas del mercado autorregulado o la "mano invisible". Esto no sólo ocurrió en los capitalismos avanzados sino que se reiteró, casi simultáneamente, en el caso latinoamericano: aquí también la expansión del intervencionismo estatal fue invariablemente obra de gobiernos que respondieron con esmero a las exigencias de las clases dominantes golpeadas por la crisis general del capitalismo. Lo que se requería era institucionalizar una política de "socialización de las pérdidas" para hacer frente a la depresión, y para que esta iniciativa prosperase debía contarse con un ampliado aparato estatal susceptible de intervenir, de renovadas maneras, en la gestión del ciclo económico.

Integradas de manera permanente a la vida estatal, la presencia de las masas dio lugar a una extraordinaria expansión de los servicios asistenciales y de las agencias gubernamentales encargadas de su atención. Al mismo tiempo, las instituciones político-representativas adquirieron una inédita consistencia realimentando de este modo la fuerza de los sectores populares en el interior de los aparatos estatales. Eso determinó que las demandas redistributivas de las masas, apoyadas por la presencia de voluminosas estructuras corporativas de la clase obrera, encontrasen favorable acogida en los círculos gubernamentales. Contrariamente a una imagen demasiado difundida en la cultura de la izquierda, el Estado de bienestar no es sólo la obra de una burguesía omnisciente que trata de embaucar a las masas sino que, en buena medida, es la consecuencia de las luchas populares por la democracia. Gracias a su mediación los sectores populares lograron un conjunto de reivindicaciones por las cuales habían luchado desde hacía un siglo.

Ahora bien, en virtud de la democratización experimentada por el Estado keynesiano, y que se expresa, a) en el hecho de que su fuente de legitimación proviene del sufragio universal; b) en el carácter democrático de los procedimientos de constitución de la autoridad política y de la formación de la "voluntad nacional", y, c) en la calidad y cantidad de las respuestas gubernamentales a las demandas populares, este proceso de "gobierno político del ciclo

económico” está destinado a suscitar fuertes antagonismos entre los sectores burgueses. Estos desearían un Estado keynesiano pero sin su sustentación de masas, olvidando que precisamente de lo que se trata es de una nueva rearticulación integral entre Estado y sociedad civil, irreductible tan sólo a su momento económico sino que, por el contrario, requiere una amalgama dialéctica entre el régimen de acumulación y un modelo de hegemonía. Si el primero introdujo al Estado como organizador, programador y regulador del mercado, el modelo de hegemonía implícito en esta gigantesca “revolución pasiva” que fue el keynesianismo integró a las masas profunda e irreversiblemente en su seno.

Se trata, en consecuencia, de un Estado burgués más fuerte que su frágil precursor liberal, que expresa un momento más elevado y complejo de su desarrollo como forma de dominio burgués, el momento “ético-político” que sustituye al craso inmediatismo del Estado liberal empantanado en su estrecho economicismo. Pero la mayor solidez del Estado keynesiano constituye dialécticamente su mayor potencial de negación puesto que el carácter expansivo de la democracia tiende, inevitablemente, a alienar la lealtad de los sectores burgueses, los que con certero instinto observan con inquietud que las luchas populares transformaron la ciudadanía formal y abstracta del Estado liberal en un atributo mucho más concreto y tangible en la fase keynesiana.

Pero, además, los preocupa el modo en que ese democratismo, que en un momento se encasilló en los límites de la “esfera pública”, se expande vigorosamente y penetra hasta el propio santuario de la burguesía: la fábrica. El irresistible avance de la democracia ahora desborda los amplios confines del Estado para invadir las áreas “privadas”, otrora a salvo de la irrupción del elemento democrático, y eso es lo que galvaniza un fuerte bloque burgués que ha satanizado al Estado keynesiano como la causa de la crisis política y de la “ingobernabilidad” de las democracias. La democratización del Estado ya era de por sí prácticamente intolerable: por ello, la introducción de criterios democráticos en el proceso productivo, en las escuelas y universidades, en los medios de comunicación, en las estructuras burocráticas, en la familia y hasta en las relaciones interpersonales es algo que va mucho más allá de lo que la burguesía, y sus intelectuales, están dispuestos a aceptar. Nótese, si no, el santo horror que sobrecoge a ciertos analistas políticos cuando se les recuerda que la democracia no es solamente un atributo del régimen político sino también, como ya lo había advertido Aristóteles, un rasgo distintivo de la estructura social.

No es incomprensible entonces que el pensamiento liberal haya adquirido en los últimos tiempos, al agotarse el inigualado ciclo de expansión iniciado en la posguerra, un matiz un tanto apocalíptico e inconfundiblemente reaccionario. La crisis profunda por la que atraviesa el capitalismo es imputada a

los enemigos “externos” y al desenfreno de una movilización popular que, en el capitalismo avanzado, produjo una expansión desorbitada de los compromisos sociales del Estado. El resultado de esta acrecentada “responsabilidad social” fue —según plantean estos críticos— la crisis fiscal generada por la extraordinaria “sobrecarga” de demandas que agobian al Estado keynesiano, el que, sin embargo, no tiene cómo liberarse de ellas sin perder o afectar su legitimidad. El desorden político, añaden estos autores, genera el déficit fiscal y la inflación: ambas deprimen el funcionamiento del mercado y repercuten negativamente sobre la paz y la disciplina social que requiere el proceso de acumulación.

Se llega así al resultado final del diagnóstico neoliberal: el retorno al mercado supone el drástico redimensionamiento del Estado, pero esto, a su vez, es imposible sin menoscabar seriamente a la democracia burguesa. En efecto, la vuelta al mercado implica la violenta reinstauración del darwinismo social acorde con sus arcaicos prejuicios sobre la armonía natural de los intereses y el equilibrio general de la sociedad, que nada tienen que ver con la estructura y funcionamiento de la sociedad moderna. Es innecesario aclarar quiénes serían los beneficiarios de esta “desinteresada” propuesta: aquellas fracciones más concentradas del capital que podrían así imponer su “orden” en la barbarie del mercado.

Por cierto que, en esta tentativa, los defensores del mito del mercado y la “mano invisible” tendrían que arrasar con el Estado, especialmente con sus instituciones asistenciales y representativas a las que obstinadamente achacan todos los males del capitalismo, olvidando que fue bajo la dirección del Estado keynesiano cuando aquél logró las tasas de crecimiento y desarrollo más espectaculares de toda su historia. El hostigamiento al Estado es, en última instancia, un ataque a la democracia concebida como un régimen político incompatible con las libertades del mercado. Se pretende, por esta vía, fundar un nuevo orden burgués apoyado por un Estado despótico, aún cuando nuestros sedicentes liberales se cuiden mucho de explicitar estas conclusiones. El ejemplo elocuente de esta propuesta lo proporcionan los economistas monetaristas y la “comunidad financiera internacional” cuando afirman que un requisito esencial para contener la inflación es que el Estado tenga la “fuerza política” indispensable para tomar las duras medidas de ajuste.

Pero, ¿qué quiere decir “fuerza política”? Simplemente, que el programa antiinflacionario debe imponerse aún a pesar de los reclamos y opiniones de la gran masa de la población que se verá afectada por sus secuelas: recesión, desempleo y toda suerte de penurias físicas y morales. El Estado fuerte aparece así como un sutil eufemismo para legitimar el autoritarismo político, como una concepción de los círculos intelectuales y políticos de la burguesía que, desesperados por restaurar un “orden” mezquinamente favorable a sus inte-

reses, apelan a la violencia coactiva del Estado para lograr lo que ya les resulta imposible por la vía democrática.

Indudablemente su fórmula mágica podría redondearse así: economía de mercado más “Estado fuerte”, o, dicho de otro modo, darwinismo social más despotismo político, o, parafraseando a Gramsci, un mercado acorazado por la coerción estatal. Pero *esto no significa un ataque al estatismo sino a la democracia*, porque, ya es sabido, el capital hoy no acumula sin el activo concurso del poder político. El Estado mínimo estaría así desprovisto de toda responsabilidad hacia la ciudadanía, gracias a la cual podría asegurar el orden en el mercado. Se trata, en suma, de revertir una tendencia histórica que construyó la democracia a pesar del capitalismo, en dura y secular lucha con el irracionalismo y el autoritarismo del mercado y contra la páfida resistencia de la burguesía y las clases y estratos aliados a su hegemonía. La propuesta neoliberal remata así en el siguiente dilema: mercado o democracia.

De lo anterior se desprende que es preciso no engañarse ante la prédica privatizante y antiestatista de la derecha: el verdadero enemigo del neoliberalismo es la democracia, no el estatismo. El gigantismo y la ineficiencia del Estado es uno de los grandes negocios de la “burguesía contratista”, y este Estado es no sólo la expresión de su dominación de clase sino, además, la condición necesaria de sus superganancias, subsidios, sobrefacturaciones y evasiones impositivas: ¿por qué habríamos de creer en sus letanías privatistas? Los magnates capitalistas ejercieron directamente el poder en tiempos del Proceso, y en ningún momento se preocuparon por poner en marcha un programa de privatizaciones. Tenían el poder absoluto en sus manos y nadie podía oponérseles: partidos disueltos, sindicatos intervenidos, prensa amordazada y el terrorismo de Estado para asegurar la obediencia de la ciudadanía. En esas condiciones, lo que hicieron fue precisamente lo opuesto de lo que pregonan hoy. Por lo tanto, su actitud es puramente retórica y oportunista, puesto que el problema de nuestras clases dominantes es el “exceso de democracia” y no el intervencionismo estatal. Lo que ocurre es que ante el descalabro de los servicios públicos una campaña inteligente de la derecha puede redituárle un grado de respaldo popular que sería incapaz de conseguir el margen de estas circunstancias.

Dados estos antecedentes, la cuestión de la privatización debe ser abordada desde una perspectiva teórica y política que evite, por una parte, la trampa neoliberal y, por la otra, el chantaje populista. La primera nos conduciría a intentar combatir el gigantismo estatal, controlar a sus aparatos y agencias, tornarlo más eficiente, pero transfiriendo crecientes cuotas de poder a manos de la burguesía. El populismo, a su vez, es víctima de una acendrada estado-latría que lo lleva a confundir en la mejor tradición corporativista, Estado con sociedad o, peor aún, con pueblo. Su rechazo visceral al socialismo lo lleva a la exaltación del Estado, olvidando por completo la naturaleza clasista

del mismo. De ahí que, confundido por sus nebulosos parámetros doctrinales, interprete cualquier crítica al Estado como un ataque a la nación y al pueblo.

Creo que la izquierda tiene que asumir una posición madura en relación al tema, superadora de los vicios insanables que nilifican las propuestas liberales y populistas. Claro está que eso no se logra negando la existencia irrefutable de nuestra crisis estatal, como hacen los segundos, que consideran a los aparatos estatales desde el punto de vista del clientelismo político: para no expropiar a la burguesía los populistas expanden el empleo público, y de ese modo creen que fortalecen al Estado. En realidad reducen el nivel general de eficiencia de la economía en su conjunto y favorecen los negocios especulativos de la primera. Por eso, la defensa cerrada del intervencionismo, o de un Estado elefantiásico, no tiene nada que ver con una postura socialista. Lenin habló hasta el cansancio sobre este tema a propósito del capitalismo monopolista de estado, y sería lamentable que la izquierda argentina fuese intimidada por el populismo nacional-burgués e inhibida de plantear una política agresiva de reforma del Estado. La "solución liberal", proponiendo una intensificación de la colonización burguesa del Estado en aras de una supuesta racionalidad económica ha sido rotundamente desmentida por los hechos en los Estados Unidos. No podemos extendernos ahora en más detalles, pero un análisis somero de la política de desregulación y privatización en la industria aeronáutica norteamericana promovida por la administración Reagan revela que las tarifas se incrementaron, la calidad del servicio se deterioró, el número de ciudades atendidas disminuyó, el empleo se redujo y las ganancias de las empresas se fueron a las nubes. Pensamos, por otra parte, lo que podría ocurrir en la Argentina si todos los canales de televisión fueran como los privados, ¿ni nos habríamos enterado que hubo un plesbiscito en Chile, o una rebelión en Semana Santa de 1987!.

Es necesario, por el contrario, pensar en una estrategia de resolución socialista de este problema: y esto significa que la reforma del Estado debe potenciar el creciente control de la sociedad civil sobre el Estado, rechazando la impostura implícita en la falsa polaridad "Estado-mercado" Contra el estatismo populista y el estatismo travestido de privatización de los liberales, la izquierda tiene que levantar la bandera de la sociedad. Contra el Estado ineficiente, control popular de la burocracia; contra el gigantismo y el despilfarro del dinero público, control popular de los recursos fiscales. Y esto supone, por cierto, un papel más efectivo del congreso en la fiscalización del gobierno y *de las clases y capas populares, movilizadas y organizadas, en la defensa de sus intereses fundamentales, algo que ni liberales ni populistas harán jamás*. Ni la burguesía ni la tecnocracia estatalista son soluciones al problema. Por la inversa, ellas son parte del problema. La verdadera polarización es la que opone el Estado a la sociedad, y los males del primero podrían, entonces,

ser enfrentados, y solucionados, por la paulatina recuperación de los poderes decisionales que el Estado burgués expropió a la sociedad civil. Ese y no otro es el programa marxista sintetizado en la frase “autogobierno de los productores”, el comienzo efectivo de la extinción del Estado.

4.- La etapa:

C d S.- La crisis generalizada del sistema capitalista, que se desenvuelve desde principios de los 70, conjuntamente con el nuevo modelo de acumulación que se va abriendo paso, aunado a una nueva división internacional del trabajo en ciernes constituyen un marco de fuertes restricciones externas entre las cuales la deuda externa es un condicionante político de primera importancia para el relanzamiento de las fuerzas productivas.

Tomando este marco más general, qué posibilidades le asignan Uds. a nuestro país de superar el horizonte de crisis en el que se encuentra?

Particularmente teniendo en cuenta las lecturas de la izquierda argentina que se mueven entre “una agudización creciente de la crisis con un costo social intolerable” y la de una “situación revolucionaria objetiva”.

E.S.- Nosotros hacemos hincapié en que la crisis que avanza y se profundiza tiene dos resoluciones: la que quieren imponer las fuerzas más dinámicas del capitalismo bajo la hegemonía de la oligarquía financiera; y la que pueden imponer las fuerzas populares a partir de crear una nueva hegemonía. La primera resolución se basa en la aceleración del proceso de trasnacionalización y en el ajuste de nuestra estructura a la nueva división internacional del trabajo. La restructuración en marcha sólo puede traer más explotación, más hambre y más sufrimiento.

Por eso nosotros peleamos por una resolución revolucionaria de la crisis. En este sentido ubicamos como problema principal el retraso de la maduración del factor subjetivo respecto a una situación objetiva de larga data. El agravamiento de la crisis no hace más que poner más de manifiesto esta distancia.

No se trata de caer en “visiones catastrofistas” que se colocan ora dando por realizada e inexorable la restructuración capitalista, ora viendo en la profundización de la crisis un factor que automáticamente conduce a una situación revolucionaria. En el primer caso, sólo se propugna una adaptación a la “modernización” En el segundo, se dejan de lado en los hechos las necesarias tareas para acelerar la maduración del factor subjetivo. Estas visiones, aunque de distinto signo tienen un denominador común: el quietismo, ya que implican dejar un vacío político que llenan precisamente los representantes del nuevo bloque en el poder.

En el marco de esta crisis el bloque dominante intenta una reconstrucción hegemónica que abarca todo el Estado, desde el sistema político, hasta los aparatos ideológicos tanto públicos como privados. Sin embargo, los sucesivos proyectos intentados por el alfonsinismo y el peronismo renovador se han encontrado con la resistencia del pueblo que aún a la defensiva le ha puesto piedras en el camino. Y esto a pesar de que la izquierda no ha logrado presentar todavía una alternativa que logre encauzar políticamente las luchas que el pueblo libra cada vez con mayor decisión.

Dependerá de la capacidad de las organizaciones revolucionarias el dar la batalla en el campo del movimiento social y político de modo tal que favorezca las tendencias a la maduración del factor subjetivo cuyo retraso es la limitación principal del proceso revolucionario argentino.

HFC.- Para nosotros, hay una crisis mundial del sistema capitalista-imperialista que determina la de nuestro continente, nuestra región y especialmente nuestra nación capitalista semicolonial.

Creemos que el sistema capitalista mundial ha entrado en una crisis no pasajera, que se exagera por la lucha de clases y no tiene salida a la vista. Los mecanismos gubernamentales la dilatan, pero no pueden solucionarla.

Cuando el 19 de octubre de 1987 se produjo el "viernes negro" en que cayeron 29 bolsas de valores en el mundo, se expresó uno de los rasgos de la situación: el descomunal desarrollo de las operaciones especulativas de capitales ficticios, que no representan bienes producidos ni se vuelcan a la producción. El panorama se completa con el estancamiento de la producción mundial, la declinación de la productividad, el desequilibrio del comercio y las "guerras comerciales" localizadas, la crisis agraria y el inmenso endeudamiento externo de los países semicoloniales y de varios estados obreros, a lo que se suman los 400 millones de la deuda norteamericana. Hasta ahora, una aguda recesión internacional ha podido ser postergada mediante intervenciones gubernamentales, pero al precio de producir una crisis de sobreproducción en los Estados Unidos. A su próximo presidente le tocará posiblemente la tarea de cortar los gastos públicos y atacar drásticamente el nivel de vida de los obreros norteamericanos, con todas las consecuencias que puede provocar.

En la base de esta crisis está la caída de la tasa de ganancia, a partir de los años '60. Ello desató una brutal ofensiva contra las conquistas obreras, el nivel de vida de las masas y la expoliación de las naciones semicoloniales y los estados obreros. Pero la tasa de ganancia, si bien se recuperó en parte, sigue en niveles mucho más bajos que hace 20 años, y el gran capital no consigue transformar sus ganancias en nuevas inversiones productivas con rentabilidad asegurada. Por eso fuga hacia la especulación y el atesoramiento de piedras y obras de arte.

Esta inseguridad de los capitalistas tiene su explicación última en la lucha

de clases. Para salir de su atolladero necesitarían lograr un aumento cualitativo de su tasa de explotación y ese objetivo económico contrarrevolucionario choca con contradicciones que frenan su plan y se convierten en factores adicionales de inestabilidad y crisis. La principal contradicción es la lucha de masas en los países semicoloniales, en la mayor parte de los estados obreros y en los propios países imperialistas.

En nuestro país se concentra la crisis del capitalismo semicolonial latinoamericano y, especialmente, del Cono Sur: en términos relativos, es el que más rápida y profundamente se está derrumbando en la región, sin que la banca acreedora y el imperialismo puedan, por su propia situación, dar un respiro significativo. El Plan Austral fracasó, por eso, estrepitosamente, como intento de parar esa decadencia aguda.

La situación insoportable se abate sin piedad sobre las espaldas de los trabajadores y vastos sectores de la clase media, alimentando una movilización de masas casi incesante en los últimos años, con doce huelgas generales, paros, ocupaciones y levantamientos barriales.

Esta crisis económico-social se traslada al plano político-institucional. Las ilusiones despertadas por la llegada del gobierno "democrático" de Alfonsín se volatilizaron por su fracaso económico y por la impunidad que le otorgó a la masa de genocidas, y hoy el Presidente y su partido han perdido gran parte de su base social y electoral. La oposición burguesa peronista saca provecho de ese desprestigio y se prepara para ganar las elecciones, pero la magnitud de la crisis y de la protesta social lo lleva a girar a la derecha y correr, una y otra vez, en auxilio del gobierno, de su plan económico y del régimen.

Esto provoca la acelerada desconfianza de los trabajadores y grandes masas populares. En pocos meses se desacreditó Cafiero, tragado por la crisis y su colaboracionismo con el gobierno. Su reemplazante Menem, empieza a chocar con las mismas dificultades. Aunque gane la presidencia, la falta de márgenes económicos producirá probablemente una rápida experiencia de las masas y habrá llegado probablemente la hora del surgimiento de una nueva dirección sindical y política revolucionaria.

Esa nueva dirección está actualmente en desarrollo. El rol de los burócratas sindicales peronistas es más repudiado por las bases que la colaboración de la burguesía peronista, ya que la traición es vista más directamente. Y en el seno de las huelgas y luchas, de las asambleas y votaciones de la base, crece una nueva dirección, que ha protagonizado ya grandes conflictos. La izquierda es parte de este fenómeno, y en especial lo es el MAS, que creció en el proletariado.

Con un aparato estatal vapuleado por la crisis, con fuerzas armadas que no han podido superar el trauma de la capitulación en las Malvinas y el derrumbe de la dictadura, así como las secuelas del genocidio y que están atravesadas

por la protesta social de agentes y suboficiales, este panorama pinta una situación revolucionaria que, con flujos y reflujos, tiende a agudizarse.

5.- La identidad de izquierda:

C d S.- Los cambios sociales y políticos operados en los últimos años no pueden dejar de expresarse en las representaciones políticas. Esto pone en el centro del debate el problema de los partidos de izquierda y fundamentalmente la cuestión de la táctica de intervención política.

La izquierda argentina ha salido del largo período dictatorial sumamente debilitada y a nuestro juicio aferrada a esquemas que no siempre condicen con la situación actual. Estatalista en algún caso, obrerista y economicista en otros.

En su lento proceso de recomposición se destacan como fuerzas orgánicas el PCA y el MAS pero es cada vez más notorio que hay una izquierda amplia, entendiendo por esto a todos los que quieren cambiar la sociedad en un sentido socialista, que se expresa en espacios sociales, culturales, comunitarios, etcétera, que ya no encuentra cabida en los viejos partidos populistas, pero tampoco se siente interpretada por los partidos de izquierda.

¿Qué política concreta resultaría abarcadora de estas expresiones? Más concretamente teniendo en cuenta la próxima coyuntura electoral que abre la posibilidad de cristalizar una identidad de izquierda en la sociedad argentina.

E.S.: — La búsqueda de caminos para la unidad de la izquierda va mucho más allá de un estrecho debate acerca del accionar táctico operacional sobre la coyuntura; en realidad la unidad de la izquierda es una necesidad para operar en confrontación con el proyecto de dominación. La unidad de la izquierda es nada más y nada menos que uno de los aspectos en la conformación del Frente de Liberación Nacional y Social, herramienta estratégica para construir una democracia revolucionaria en camino al socialismo.

No se trata simplemente de hacer una relectura de la propia historia, de la izquierda y del país, de la irrupción del peronismo, del auge popular de los años 60 y 70, o de la derrota de 1976 y el genocidio posterior, sino de escribir los caminos de nuestra historia futura. El camino de la liberación nacional y el del socialismo son caminos que serán transitados exitosamente por nuestro pueblo y su clase obrera con su vanguardia política a la cabeza. Esta tarea constituye el desafío y la labor que debemos cumplir las organizaciones revolucionarias y populares.

En este marco es justo hablar de la derrota política de 1976, de los errores cometidos con anterioridad a esa fecha, y de la ofensiva ideológica de los intereses de dominación que se expresan en la actual ofensiva reaccionaria, neoliberal en el discurso teórico y autoritaria en el ejercicio del poder. El marxismo en la Argentina fue alimentado teóricamente por un internacionalismo tributario de modelos y cánones construidos en realidades diversas en tiempo y espacio, por una “izquierda nacional y popular” que no terminó de ajustar sus cuentas con el populismo policlasista, y por una “izquierda insurreccional” que no supo sintetizar su práctica con las cambiantes coordenadas políticas de la etapa que vivieron.

Estos fueron los actores políticos del drama más importante de la historia de la Revolución en la Argentina; pero al mismo tiempo es de estos fragmentos de experiencias (del análisis de éxitos parciales y fracasos) como debe reconstruirse una auténtica identidad revolucionaria. Esta reconstrucción no puede ser interpretada como repetición nostálgica ni como análisis introspectivo sino como reflexión crítica, como praxis actualizada y creadora y como conducta, como acción inserta en el cuadro político argentino.

La nueva identidad de la izquierda revolucionaria debe ser presidida por la voluntad del poder popular y la consecuente articulación de una estrategia común para su conquista. Esta estrategia no puede forjarse sin una divisoria de aguas con la resignación posibilista, legitimadora de la modernización capitalista, “izquierda” necesaria del modelo de democracia burocrática, restringida y dependiente, freno objetivo para el desarrollo del movimiento revolucionario.

Por eso, para la próxima campaña electoral planteamos la necesidad de no dividir el campo popular a partir de ejes falsos, ejes del enemigo, ajenos a las necesidades del pueblo. Y en este sentido cobra particular importancia lograr que la propuesta electoral reúna no sólo a las fuerzas orgánicas de izquierda sino también a la amplia gama de intelectuales, dirigentes de movimientos sociales, de los derechos humanos que no se sienten expresados por ninguna de esas fuerzas pero que sí apuestan a una izquierda unida detrás de un proyecto de liberación.

Hacemos para ello una convocatoria amplia que interpela a los que buscan una verdadera alternativa al proyecto de dominación. Somos concientes que en una alianza de este tipo coexistirán proyectos diferentes, pero de lo que se trata es de dar una propuesta capaz de producir un real impacto político. La propuesta de decidir el perfil político, aspectos programáticos y candidaturas con una metodología democrática y ampliamente participativa es una experiencia inédita para la izquierda argentina que permitirá darle al acuerdo electoral un marco que exceda la discusión de especialistas para pasar a ser patrimonio efectivo de la militancia popular.

Pensamos que la coyuntura electoral puede ser un hito en la construcción.

de la identidad de la izquierda revolucionaria, en cuanto identidad hacia la sociedad. Identidad popular que presupone una política de unidad efectiva de la izquierda. Unidad que se edifica combatiendo hegemonismos estériles y traumas ideologistas. Unidad de fuerzas políticas que asumen su diversidad y se predisponen a superarla dialécticamente en la práctica de masas. Unidad que el pueblo con sus sectores más combativos sabrá reproducir y potenciar mucho más allá de esta u otra coyuntura electoral.

6.- Unidad de la Izquierda

C.d.S.: —Si algo de positivo se puede encontrar en la debilidad relativa actual de la izquierda argentina es que nunca como ahora se ha planteado con tanta fuerza la construcción de un polo alternativo de la izquierda unificada.

Claro está que esto no es exclusivo de nuestro país. La “Izquierda Unida”, en Perú, el “Frente Amplio” en Uruguay, y en otros contextos las experiencias en Nicaragua y El Salvador hablan de una tendencia general, si bien es cierto que expresan proyectos o alianzas diferenciadas.

En Argentina el fracasado frente de izquierda en el '83; el FP, en el '85 y el FRAL en el '87, se inscriben en esta tendencia, sin embargo las propuestas son poco claras y se mezclan frentes políticos y sociales; tácticos y estratégicos que generan confusión y falsas expectativas entre la militancia y el activo disperso.

¿Cuáles serían en su opinión los términos político/prácticos de esa unidad que superan una siple coyuntura electoral?

¿Y cuáles los aspectos programáticos que permitan canalizar y expresar las fuerzas sociales portadoras de una alternativa política independiente? ¿En este contexto, cómo se incorporarían los nuevos “actores sociales”?

E.S.: —Concebimos la coyuntura electoral como un momento y una forma de la lucha popular. Esta lucha no esquiva el plano electoral como tampoco supone que pueda agotarse en ella. El bloque dominante ha utilizado la dinámica electoral para mantener la iniciativa y dificultar el reagrupamiento de los revolucionarios, de ahí la importancia de lograr una respuesta eficaz también en este plano. Pero debemos recordar que nuestro terreno de combate más propicio es el del conflicto social proyectado hacia la acción política de la toma del poder.

El proyecto que mantenemos es el de la construcción del FLNS, bloque político social con hegemonía proletaria que sea una alternativa de poder real en la Argentina. Esta línea supone la desarticulación de la política de las cla-

ses dominantes, que se expresa en la hegemonía real que las cúpulas burocráticas de los partidos denominados mayoritarios ejercen sobre las masas, basándose en la desmovilización y el consenso pasivo.

En el momento que vivimos esta línea de construcción pasa por el despliegue de la resistencia a la ofensiva reaccionaria en todos los planos, económico, social, político, cultural y moral. Exige una política orientada a dotar de organicidad a la resistencia del pueblo gestando los gérmenes de una democracia alternativa, embriones del poder popular.

El Frente puede construirse a través de la batalla en el terreno concreto que ha madurado en la sociedad: la justicia social agredida por el proyecto económico en marcha, la democracia retaceada por el pacto con las cúpulas militares y el accionar de los intactos aparatos represivos, la soberanía nacional fracturada por el proceso de transnacionalización de la economía y la subordinación político-militar a los planes continentales del imperialismo yanqui. Alrededor de estos ejes programáticos generales es que se está construyendo la unidad del pueblo en lucha, en el activismo sindical, en las luchas de los gremios estatales, en los frentes estudiantiles, en los movimientos por la tierra y la vivienda, en el movimiento por los derechos humanos, en todas las expresiones del movimiento social. También las experiencias del FP y del FRAL, ambas propuestas que lanzamos como parte de esta política frentista y de unidad de la izquierda, de la misma forma que la actual propuesta electoral son pasos concretos en esa dirección.

Esta concepción del frente que impulsamos es una estrategia que supera la concepción de acuerdos orgánicos entre fuerzas políticas, coyunturales o no, como expresión de un compromiso o alianza de clases. Por eso mismo, este nuevo tipo de organicidad permite la incorporación plena de nuevos y viejos actores sociales en la conformación de un bloque popular capaz de disputar la hegemonía al actual bloque reaccionario.

Esta estrategia se expresa en una táctica electoral propia del momento actual de desarrollo de la izquierda real y de la maduración política de las luchas sociales de nuestro pueblo. No existe una estrategia que no pueda convertirse en táctica en cada uno de los momentos de la historia que atravesamos, de lo contrario no sería estrategia sino elaboración vacía y alejada de la realidad.

Nuestra acción, nuestro pensamiento y nuestra voluntad colectivos están orientadas en hacer realidad la línea frentista en todas y cada una de las coyunturas que le toca transitar al movimiento social.

H.F.C.: —Creemos que la dispersión de la izquierda, obedece en primer lugar al hecho social de que la clase obrera tiene sectores muy diferenciados: capas aristocráticas, burocráticas, superexplotadas, recién llegadas, sectores medios empobrecidos que se le anexan, etc.

Esa diferenciación sectorial está fuertemente asentada en tradiciones y una historia política. Las corrientes, alas y partidos obreros y de izquierda reflejamos a esos sectores de clase con posiciones diversas, que vienen desde hace muchos años. Los obreros y la izquierda que están en el peronismo, por ejemplo mantienen la esperanza de que se repita la situación excepcional de que en un país riquísimo vuelva a aparecer un general o un salvador burgués que resista al imperialismo y conceda mejoras a los obreros, sin necesidad de librar grandes luchas ni cambiar el sistema. Las alas izquierda de la Unión Cívica Radical o el Partido Intransigente, así como la izquierda sin partido, representan, posiblemente, a estudiantes, empleados, profesionales e intelectuales. Además, estamos los partidos obreros y pequeños grupos.

Creemos que no puede darse una unidad orgánica, un partido único o un frente permanente, entre todas nuestras fuerzas, por la diversidad de los sectores sociales, las tradiciones y los programas que sostenemos. Ni aquí ni en otros países, están dadas las condiciones que llevaron a Marx a plantear el partido único de los trabajadores en el siglo pasado. Quizá esa unidad pueda darse después de la toma del poder, cuando la clase se homogeneice económicamente y se una alrededor del hecho cualitativo de la revolución.

Lo que sí está a nuestro alcance hacer ahora es un frente electoral de la izquierda, con un programa antiimperialista y anticapitalista, abierto a todos los luchadores obreros y de izquierda, de los diversos partidos o independientes. A eso apunta la alianza en ciernes entre el Movimiento al Socialismo (MAS) y el Frente Amplio de Liberación (FRAL).

Hace tiempo que no hay, posiblemente, tantas condiciones para un frente de este tipo, ni que el mismo pueda desempeñar un papel tan progresivo. La actitud actual de las grandes masas es el escepticismo hacia todas las propuestas. Es progresiva, porque se acompaña de la lucha y es un momento del repudio a los partidos del sistema y a candidatos como Angeloz, Menem y Alsogaray.

El frente de izquierda es la mejor herramienta en este momento para enfrentar ese escepticismo e intentar ganar a amplios sectores de los trabajadores y del pueblo, para un programa antiimperialista y anticapitalista.

Si lo logramos, abriremos una fisura en el régimen. Después de 40 años, masas obreras y populares habrán roto con el populismo. Se darán así las condiciones para que surja una nueva dirección revolucionaria y la lucha se eleve sindical y políticamente hacia el socialismo.

7.- Debate en el marxismo

C.d.S.: Finalmente, nos parece que hay un elemento distintivo de la intelectualidad marxista en nuestro país (sean éstos orgánicos o independientes): y

éste es la carencia de un debate serio y responsable, que permita discutir los problemas centrales del marxismo, y la transformación social con un adecuado marco teórico.

¿En su opinión cuál sería el camino para formalizar un foro de investigación y debate del marxismo revolucionario en la Argentina?

E.S.: —En realidad en nuestra visión es evidente que hay una gran preocupación por discutir los problemas del marxismo y de la transformación social, por lo menos en los últimos tiempos. Nosotros impulsamos diversas y variadas iniciativas en ese sentido que han tenido y tienen muy buena acogida. Es indudable que el debate debe y puede profundizarse. Pero a nuestro entender se trata más bien de encontrar formas para articular lo que ya viene haciéndose desde distintas vertientes más que institucionalizar un nuevo ámbito.

En todo caso lo que sí nos preocupa es que todo ese debate no se esterilice en el debate mismo entre intelectuales. Creemos que los intelectuales, sin perder ni un ápice de rigurosidad teórica, tienen un papel de primer orden que jugar en la lucha por la creación de un ámbito político-social único. Esta es una actitud política: el compromiso de los intelectuales marxistas en una actividad colectiva, sólida, históricamente orientada según el viejo precepto, siempre nuevo, aquello de que no se trata sólo de comprender sino de transformar el mundo.

H.F.C.: —Nuestra corriente siempre ha estado dispuesta al debate y a la confrontación de ideas en el campo de la izquierda, en el campo del marxismo revolucionario. Más aún lo proponemos cotidianamente desde nuestra prensa y a través de la fundamentación de nuestras posiciones político-prácticas.

Sin embargo plantearse la constitución de un foro orgánico para desarrollar investigaciones y debates en torno a nuestras preocupaciones encuentra en lo inmediato algunas dificultades. La dispersión de la izquierda y la diferenciación sectorial que señalara anteriormente encierran corrientes ideológicas y posiciones políticas muy diferenciadas, por lo que sería necesario, como paso previo, un acuerdo general acerca de los ejes centrales y los aspectos fundamentales a poner en el centro del debate.

Por otra parte, desde nuestra concepción el debate marxista solo puede darse en el marco de una práctica de democracia obrera consecuente.

En este sentido un gran paso adelante en esta dirección, sin ninguna duda, es la elección interna democrática para los candidatos a las elecciones nacionales de 1989 que está organizando el Frente de Izquierda.

Seguramente el mismo será una base que sustente los esfuerzos compartidos para organizar fructíferos debates, e investigaciones serias, de los marxistas en nuestro país.

Glosas al cuestionario de C.d.S.

La izquierda argentina

L.R.: —Esto es lo que queremos plantear en primer término: ¿por qué la izquierda argentina no tiene representatividad política? ¿Querrá decir que la izquierda no existe? ¿O su falta de representatividad expresa la distancia entre lo que realmente ella es y lo que no aparece de sí misma? Entonces habría que explicar por qué la izquierda existe y es, al mismo tiempo, como si no existiera.

Pensar que esta ausencia es sólo un resultado del Proceso y de la represión es olvidar que desde mucho antes, desde el triunfo de Perón, la izquierda también carecía de representatividad propia. A lo sumo estaba marginada, o se “infiltraba”, con su “entrismo”, en regiones políticas dominadas por otras instituciones o partidos que, ellos sí, parecían “representar” al “sujeto de la historia”. Y ese “sujeto de la historia”, el proletariado, estaba incluido es cierto, en un conglomerado y una dirección política que lo unía al carro triunfal de otros intereses, antagónicos muchas veces a los suyos. Eso pasó con el peronismo, y el “sujeto histórico” no estaba con la “izquierda”, que reclamaba para sí su liderazgo. Por eso la izquierda iba, muchas veces, hacia donde el “sujeto de la historia” estaba representado, a disputar su adhesión y su triunfo aun desde el propio Movimiento. Porque los votos iban, casi todos ellos, hacia el peronismo.

La izquierda, desde la experiencia peronista, dejó de pensarse seriamente como un partido que pudiera, con los votos, acceder a un poder político que creía debía serle propio. La revolución, como lucha armada, fue el atajo elegido para eludir su ser minoritario. Originándose sobre todo en los medios intelectuales, universitarios y profesionales, incidiendo desde dentro del Movimiento mayoritario cuando pudo, o aceptando su marginalidad y tratando de incidir desde los bordes, o desde algún sector obrero, la izquierda a partir del advenimiento del peronismo vió disminuir su pasada influencia en el poder naciente de la clase obrera. El peronismo significó, ideológica y prácticamente, sobre todo una vacuna contra la izquierda. Cosa que no pasó en otros países del Cono Sur, carentes de un “peronismo” autóctono que transformara la experiencia popular, deteniéndola y desviándola de sus objetivos al mismo tiempo que la activaba.

El resultado fue que la izquierda, para insertarse de nuevo políticamente, lo intentó todo, con las innovaciones y agregados que cada nueva agrupación traía. Hubo una profusión de pequeños partidos. Y así aparecían para tentar el triunfo, trayendo cada uno de ellos lo que a las otras corrientes le falta-

ban: la verdad plena y acabada. Se apretaron todos los botones. Fue una carrera contra las condiciones de la ineficacia, que tenía en cada grupo nuevo al visionario certero de la nueva verdad, que negaba a las otras, para conmover u organizar las luchas populares. El espectro político de la izquierda contenía así todo el abanico de las posibilidades pensables del triunfo, de acceder al poder de las masas populares vislumbrado desde esa incipiente luminosidad que era la de cada uno. Cada coyuntura engendraba un nuevo grupo político, que perseveraba en su ser, como todas las cosas. Así las múltiples y polifacéticas experiencias mundiales se actualizaron entre nosotros.

Pero sus pequeñas verdades parciales no alcanzaron nunca una única verdad eficaz y certera. Las condiciones posibles de su éxito estaba viciadas desde el vamos: ninguna incluía la necesidad de construir conjuntamente una experiencia común, salvo que tuviera a la propia como centro. Y esa dispersión que el Proceso sanginario barrió al final no lo fue sólo porque la izquierda, eficaz, creara la conmoción social que se vivía. Se trató, una vez más, en ese triunfalismo de posiciones antagónicas, de algo más contundente: algunos eligieron por todos los otros. Esa forma de enfrentamiento armado fue clandestina aún para la izquierda misma. Los caminos planteados lo fueron desde la arrogancia triunfalista de minorías políticas que desde una lucha armada, concebida de aparato a aparato, eligieron ese derrotero para todos. Al intentarlo utilizaron las mismas categorías políticas de la derecha que combatían: el mismo desprecio a la elaboración interna, a los objetivos reales, al crecimiento efectivo y pluralista, y a la experiencia colectiva profundizada de las masas populares, cuya orientación era otra —lo descubrirían dolorosamente después— y no la que se les asignaba.

Porque la unidad de la izquierda hubiera requerido constituir entre todos una imagen verdadera de la realidad política, más allá de las ilusiones que el Gral. Perón había despertado. Pero también más allá de las otras fracciones, que traían los modelos revolucionarios de realidades radicalmente heterogéneas con la nuestra, la china o la cubana para el caso. Ciertos sectores de la izquierda proyectaron sobre las masas populares sus propios deseos para darse imaginaria y fantaseadamente las condiciones abstractas e ilusorias de un triunfo posible: las armas de un grupo aguerrido y hasta heroico de militantes, y el apoyo parcial y limitado de trabajadores que circunscribieron su campo de lucha al de sus propios sectores, también parcializados.

No se trataba, es verdad, de lograr que todos accedieran a lo mismo, pero había por delante un trabajo político que aún debía desarrollarse. Es cierto ¿quién elige el momento? Pero algo se veía: transitar y profundizar la experiencia política de la resistencia y ayudar a que la gente se transformara para construir un frente propio de lucha, eso demandaba más tiempo, más discriminación, más claridad en los objetivos: quizás menos urgencia. Y sobre todo otra percepción de la realidad, y otra ideología. Pero esto no es una elabora-

ción que sólo pueda hacerse con la cabeza pensante y con la teoría: es una experiencia real, común y colectiva, cuya forma es quizás lo único que realmente pueda concebirse para llenarse luego, con el tiempo, de un contenido específico nuevo.

Ahora, luego de la dictadura, el común fracaso vivido hubiera permitido al menos, sosegados, pensar las condiciones que llevó a la derrota, y rendirse a la evidencia. Porque al no haber alcanzado la realidad de su triunfo esperado, algo de esa derrota nos alcanzó a todos: no ahorro a ninguno. Aún aquellos que criticábamos desde antes el camino que se estaba recorriendo, tampoco tenemos la posibilidad de presentarnos ahora como impolutos: fracasamos al menos en no haber podido evitar lo que nos sucedió a todos.

Y así vuelven a aparecer otra vez los partidos de izquierda: eligiendo cada uno su propia verdad contra los otros, regenteando nuevamente su fondo de comercio para levantarse sobre la quiebra deseable de los ajenos. La libre competencia del liberalismo sigue corroyendo a la izquierda: cada grupo vende solo, y en su boliche, su mercancía. Se han hecho de la política una concepción que tiene muy poco que ver con la realidad de las fuerzas, no sólo digo de las fuerzas políticas, sino de aquella que cada uno tiene, viniendo desde el terror, para sostenerlas.

Y como si no hubiera pasado nada, como si lo sucedido no fuera una experiencia de la que hay que sentarse a sacar conclusiones entre todos, porque a todos nos ha abarcado, siguen con el mismo esquematismo ofreciendo sus propuestas como una mercancía rancia, pasada. Pero no sólo porque sea vieja: a pesar de serlo podría seguir siendo buena. Es como si esa experiencia pasada no hubiera enseñado que a las mismas propuestas y al modo de acción anterior algo importante les faltaba. Las cosas cambiaron, es cierto. Pero el cambio no es por la moda del tiempo que proclama la finitud de lo que se creía duradero, o sólo por las diferentes circunstancias que hay que considerar de nuevo. Es también porque la política fue pensada antes sin incluir en ella lo que se hizo a la luz ahora: ese espesor de subjetividad que había que activar y elaborar en cada hombre. Sólo desde allí, pensamos, sería posible construir con cada uno una fuerza diferente, no alimentada sólo por las fantasías que encubrían el déficit que la simplificación de la realidad dejaba.

Lo que la realidad está mostrando es que el esquematismo de los partidos no basta para incluir en ellos esa experiencia social que los desborda. No porque sean innecesarios, sino porque no son suficientes: muestra que la dispersión de las fuerzas colectivas, y el formalismo de la adhesión partidaria, forma sistema con la formalidad misma de la democracia que critican precisamente por eso: por ser formal y hueca.

¿Qué tendría que hacer un partido de izquierda para romper los límites de su propuesta formalista, inscripta en las consignas y en el voto, si no es com-

batir ese formalismo que critica en la democracia rompiendo con el propio? Habría que combatir ese formalismo, pensamos, en el lugar donde su contenido mismo se elabora, es decir en los hombres que están donde están, porque no queda otro. Dar su batalla simultánea en el campo mínimo, desde la trama menuda donde las necesidades sociales se confrontan y se frustran sin remedio en cada uno —y también en nosotros. Y desde ellas, en la materialidad social reducida desde la cual se las experimenta, ayudar a constituir, sin esquematismos (porque de su desarrollo posible no sabemos mucho) la emergencia de una necesidad personal y social de resistencia, incipiente pero insustituible, absolutamente necesaria para enfrentar la disolución que la dispersión represiva introdujo. Romper el circunscripto acuerdo individual que el sistema nos deja como única forma de salvarnos al salvarlo.

La brecha

Hay así una brecha que los partidos de izquierda no quieren reconocer, pero saben que existe. Temen decírselo a sí mismos para no enfrentar la dura realidad de su existencia: que *ni aún la mayoría progresista del país cree en la izquierda partidaria*. Y así intentan, pese a todo, salvar del mismo modo anterior lo perdido: se han dado el maximalismo político como propuesta en medio de esta pobreza de futuro que es la nuestra, o han entrado como furgón de cola de alguna mayoría.

En los otros países la izquierda tuvo, en todos ellos, una experiencia anterior de unificación y de frentes que faltó entre nosotros. En el Uruguay el P.C. fue muy diferente al nuestro. En Chile integró una experiencia socialista que aquí no existió nunca. Lo mismo sucedió en Perú. Ninguno de estos países, es cierto, tuvo la experiencia triunfante de un populismo como el que las FFAA prepararon entre nosotros con la figura de Perón a la cabeza.

La izquierda no tiene, pues, la fuerza para romper con el esquematismo estéril que arrastra desde hace décadas. Habría que sentarse entre todos —manera de decir— a pensar qué hacer frente a tanto fracaso, sacar conclusiones, animarse a romper con los esquemas que acentúan las diferencias: pensar soluciones. Pero basta con ver lo o que está sucediendo con las elecciones presidenciales. Todos los que critican a la partidocracia y a la sociedad burguesa democrática se afanan por presentar cada uno sus propios candidatos, no quieren perder la oportunidad de sobresalir frente a los otros, ganar unos votos que les sirva para justificar su existencia ¿Frente a las mayorías? No, en realidad cada uno frente a los otros grupos de la propia izquierda. A no ser que elijan, como lo hace el PI, por vergüenza a mostrar que lo han perdido casi todo, sumergirse y licuarse en el apoyo a Menem, cuestión de que no se vea el resto que ha quedado de sus múltiples defecciones.

Podría pensarse que cada partido o grupo hace una experiencia nueva: la

realidad que promueven verificaría el sentido de su propuesta. Pero si así lo han hecho, ¿qué están esperando? ¿Están satisfechos? ¿Qué hace la izquierda, nos preguntamos, ante la necesidad política de un frente unido opositor, que pueda organizarse en función de lo que tienen de común, que es la verdadera necesidad política? ¿Y qué hacen precisamente ahora, que las opciones oficiales son tan repudiadas por la gente progresista? ¿Qué son, preguntamos, las pobres satisfacciones parciales de los pequeños partidos, sin liderazgo, sin incidencia, sin voz propia, marginales a esa política que teje cotidianamente su eficacia en mantener las contradicciones fundamentales del sistema sin cambio?

Pero una pregunta previa? ¿con qué proyecto cierto, viable, los partidos de izquierda se plantean acceder a la representatividad política? ¿Creen lograrlo, acaso, mediante una prédica donde se afirma y se niega la democracia simultáneamente? ¿Creen realmente alcanzar desde la mínima minoría la conquista mayoritaria de los votos? Esto ni siquiera lo piensan. De allí lo paradójico e increíble de sus propuestas: se mueven entre el maximalismo de la revolución soñada y el minimalismo de su acceso real a la representación política. Ese entremedio en el cual se debate la izquierda es un vacío ahora, para el que no existe nada, salvo la transformación de la realidad súbita, que algunos deliran; el deseo de darlo por realizado. Pero la realidad no presenta nada más que la verdad minúscula de nuestra existencia política.

Los límites

Luego del fracaso de la toma del poder por medio de la lucha armada, la imposición de un derrotero para la política formulado “desde arriba” marcó sus límites. Se habían dado como marco de su acción un “desde abajo” ajeno, que eran las masas dominadas por el peronismo, que estaban en otra cosa, y un “desde arriba” propio, que era su organización armada. ¿Qué queda de eso ahora? La fantasía y el anhelo de un nuevo “desde abajo”, pero que muestra en la realidad la distancia imborrable para un tiempo medido políticamente como próximo, y aún como lejano: no hay tránsito visible del abajo a nuestro arriba.

Por eso el problema de la “transición” democrática, que los posibilistas han puesto en juego, debe ser debatido, se dice, pero para pensar desde ella otro tránsito, de la democracia a la revolución, que ellos no se plantean. Pero la palabra “revolución” no nos salva, aún en el planteo democrático, de tener que pensar cómo alcanzarla: cómo construir teórica e imaginariamente un lugar, un proyecto de tránsito, que nos permita leer en la realidad, y proyectar sobre ella, las posibilidades de pasar a eso que la izquierda añora y que el país necesitaría. ¡Pero está tan lejos siquiera de ser imaginada!

Sucede que, aunque no se lo acepte, luego de la dictadura la fantasía revo-

lucionaria se esfumó de la realidad inmediata. El problema es saber si se esfumó para siempre, o queda alguna esperanza. Se abrió en su lugar la necesidad de una transición democrática, preparatoria quizás de algo que puede permanecer como reformismo o como revolución definitivamente aplazada. Pero quedaría solo en "reformismo" si desde el comienzo la condición futura de esa transformación necesaria fuese radiada del horizonte político.

Siguiendo con la fantasía de una revolución que antes era pensable pero ahora ya no, se abre un hiato que sólo la imaginación llena de golpe, de un salto, dando como realizable lo imposible. Pero al mismo tiempo dejamos de comprender la efectiva densidad del obstáculo real que hizo que esa fantasía no se cumpliera. Dejamos de analizar las complejas redes que entretejen su trama cotidiana, allí donde quienes optaron por el reformismo efectivo al menos están realizando, a su manera, la tarea teórica de reconocerla. Allí donde el reformismo postmoderno critica al marxismo para negarlo; nosotros tendríamos que desarrollar nuestra propia crítica, pero para modificarlo y reafirmarlo.

Dejamos también de tener presentes las condiciones históricas que llevaron a ese fracaso, tan presente en la izquierda que dejó de serlo. Porque esto es lo que pasa: ellos, los posibilistas, no caen en la fantasía de la revolución: consideraron ese fracaso como definitivo. Pero, sin embargo, al considerar la transición del Proceso a la democracia analizan, a su manera, la composición efectiva de esa estructura. La denotan, la describen, para comprenderla mejor y actuar en consecuencia tienen que justificar al menos los límites "inmodificables" de la realidad inmediata. Y pese a que sus objetivos no coincidan con los nuestros, están realizando una tarea que no estamos haciendo nosotros: reconociendo la realidad que desechamos. Aunque sólo lo hagan para ratificar su consistencia.

Pero no se trata ni siquiera sólo de una tarea teórica. Nuestra propia percepción permanece ignorándola, y así es posible que los viejos slogans, los viejos lemas y temas, sigan regulando la percepción equívoca de la realidad misma. Deformamos la realidad porque no nos permitimos pensarla crudamente desde el poder y la fuerza efectiva y real del obstáculo que tenemos delante: porque la izquierda no ha pensado en serio su propia derrota. Al no verse a sí misma no pueden verla.

Falta entonces una respuesta adecuada, salvo los viejos slogans, frente al avance de las ideas y los modos de vida liberales, pero también frente a los modos de pensar y de vivir que han surgido en las nuevas generaciones. Porque la gente tiene que vivir. Y vive, abriéndose paso en las condiciones que encuentran dadas, que arrastran y resultan de nuestro anterior fracaso, es cierto, pero que los jóvenes no conocieron como tal, sino como la perenne "realidad", única y propia. Se aferran, a su manera, de aquello que los aleja del te-

rror y la amenaza. También de nosotros. No podrán eludirlos, es cierto, pero todavía no lo saben. Y eso por ahora les basta.

La realidad mundial y sus modelos

Nuestra historia condensa de algún modo, y nos une, al fracaso y a los problemas universales que se han hecho evidentes con el desarrollo del socialismo "real" y del capitalismo mundial en su nueva fase. Somos, pese a todo, el resultado de una crisis más amplia, y también responsables y actores, a nuestro modo: fuimos inducidos y somos inducidos ahora por formas ajenas, desde los países centrales, pero también latinoamericanos, cuyas experiencias nos llegan elaboradas para una realidad distante y diferente. Formamos parte de la internacional del fracaso de la izquierda. Pero las modalidades propias sólo pueden ser pensadas y vividas en su propia diferencia, sin dejarnos arrastrar por respuestas que no corresponden a lo nuestro.

Las condiciones de la transición del capitalismo militar al capitalismo democrático son distintas, es obvio, de aquellas que se plantearon clásicamente cuando se trató de pasar del capitalismo al socialismo. Se llegó por fin, en todas partes y en todos los lenguajes, a mostrar la necesidad de cambiar al hombre como fundamento del cambio del sistema, más allá de las determinaciones económicas, que serían secundarias respecto de éstas. Todos hablan ahora de la subjetividad política. Los hombres mismos, en sus ganas más espontáneas, por lo menos una clase de hombres, deben desear ese tránsito. Esperar que lo deseen desde dentro de sí mismos es nuestra esperanza. Por eso vimos desde antes eso que a nuestros movimientos de masa les faltaba. ¿Qué es lo que les preocupa a los críticos postmodernos del marxismo en esta transición del autoritarismo a la democracia, con el cual deben consolarse, frustrado el otro? Lo que se vuelve a olvidar es lo mismo que no vieron antes, ni en sí mismos ni en los demás, cuando eran marxistas: la necesidad fundamental de cambiar a los hombres, que ahora ven en realistas, para lograrlo. Se han rendido ante el nihilismo: son hombres defraudados. Que la propuesta es enorme, eso también lo sabemos, pero es la única que queda, y debe ser jugada. Desconfiados, sin esperanzas, vuelven a caer en el mismo error y el mismo equívoco y la misma oscuridad. tanto ahora, que sostienen el capitalismo, como lo hacían antes, cuando apoyaban el socialismo revolucionario: sujetos del cambio sin sujetos.

Pero también para la izquierda el "efecto de demostración" que produjo la dictadura fue determinante en nuestro futuro, y verificó nuestros límites. Límites que no terminamos de asimilar para no asumir las consecuencias: preferimos seguir creyendo en nosotros mismos tal cual éramos. Aunque algo sin embargo fue vivido claramente: la dimensión de nuestra esperanza. Y lo que no queremos decírnoslo a nosotros mismos es esa verdad punzante y cruel,

sentida más que pensada: no habría ya más socialismo ni con revolución ni con democracia. Los postmodernos nuestros lo dicen entre líneas y en sordina, nosotros lo ocultamos. Es una posibilidad, pero hay que pensar como construir, desde esta incertidumbre, la otra.

Un momento clave para la izquierda fue la implantación de la dictadura de Pinochet que terminó con el camino democrático al socialismo. ¿Qué fue la caída de Allende en Chile para la izquierda armada y el montonerismo en su momento, sino una manera de confirmar su propio proyecto: negar la posibilidad de transitar democráticamente ese camino? La catástrofe de Chile, con el asesinato de Allende y el fracaso de su intento de tránsito democrático y por los votos al socialismo, sirvió en esa misma época —Perón presidía— para confirmar como única salida la propia decisión política: *o había revolución armada o no había socialismo*. La conclusión verificadora posterior, con el golpe militar del Proceso, fue terrible: *no habría socialismo, ni con lucha armada (como los montoneros) ni con transición democrática (como en el socialismo democrático chileno)*. Sólo habría la persistencia insoslayable y cruenta del capitalismo.

Este es el sentimiento que la derrota absolutiza, aunque no se lo diga. Es sobre todo de esta evidencia, que el terror puso como límite, desde donde parte ahora, creo, el pesimismo que vivimos en la izquierda. Hay una evidencia sordamente sentida, pero no confesada, contra la cual hay que luchar, pero que nos invade: *sea cual fuere el camino propuesto no habrá ni socialismo ni revolución, es decir no habrá ni siquiera “verdadera” democracia*. Como resultado de tanta lucha, de tanto proyecto y de tantos desaparecidos, esta consecuencia debe resultarnos terrible. Y nos dice, como en sordina —burla del destino— que pese a todo lo que hagamos sólo habrá éxito completo del capitalismo triunfante y excluyente, soberbio, cruel e inmisericorde, sea cual fuere nuestra actividad política.

Es sobre esta conclusión sentida como se abre la incredulidad recíproca en la izquierda: ni los transformistas de posibilismo creen en serio en un tránsito de la democracia al socialismo (sólo se ocupan de la transición de la dictadura a la democracia, y lo demás son cuentos chinos), ni tampoco la izquierda cree en la revolución que proclama, ni democrática ni armada, pero lo siguen haciendo.

Cuesta pensar que la derrota no es definitiva. Más bien diríamos: la sentimos y la padecemos así, profundamente, pero la conciencia racional y pensante se resiste. *La conciencia política de izquierda se resiste a tornar conciente el sentimiento de derrota que la inunda*. Pero hay que tener la difícil virtud de elaborar profundamente ese sentimiento que el fracaso y el terror abrieron en nosotros, como una hierba mala que brota porque quiere, sin pedimos permiso. Porque si no lo hacemos *seguiremos pensando*, acorde con esta cerrazón sentida, *la teoría anterior —anterior al fracaso— pero sin cambio*. Por

no enfrentar la experiencia que el cuerpo ha decantado en su espontaneidad sintiente, nos damos coraje silbando una vieja aria conocida en un bosque social casi desierto.

La teoría

Tal vez esa esperanza, por ejemplo, podamos sentirla de nuevo si volvemos de otro modo a encontrar el fundamento de lo que ahora no vemos en ciertos textos que antes leíamos pero que no entendíamos. Textos, textos, pero no sólo eso. También la sentiríamos si pudiéramos ver en la nueva vida que florece las ganas de un mañana diferente, que transita otros caminos que no fueron los nuestros. Lo difícil es abrirnos para verlo.

Sigamos con los libros, que es más fácil. ¿Qué pasa entonces, por ejemplo, con ese Marx, a quien tratan ahora como a perro muerto? ¿Cuál es nuestra relación con la teoría marxista? ¿Dónde encontrar no ya el consuelo empecinado sino una esperanza verdadera, allí donde al profundizar el pensamiento penetremos en problemas que no veíamos antes? Quizás antes no se pudo, porque la experiencia vivida introdujo ahora un desciframiento de signos que antaño no podíamos animar, porque estábamos ciegos para ellos. Porque pese a toda crítica, aún cuando consideremos que muchas son válidas, hay un núcleo central en el marxismo que permanece irrefutablemente en la teoría y en la vida. Hay que construir también con eso un nuevo coraje y una nueva esperanza.

En el marxismo siguen siendo válidas, creemos, sus tesis básicas, aquellas que son el fundamento de las condiciones de la enajenación, de la expropiación de la vida por las relaciones de producción capitalista, y la ideología. Los grandes temas siguen abiertos desde su filosofía: permanecen planteadas sin haber encontrado solución en la realidad que produce lo que allí se analiza. Depende de cómo se consideren los plazos y el tiempo del desarrollo de los procesos históricos, allí donde las contradicciones se engendran y alcanzan su sentido definitorio. ¿Pero serán las mismas o habrá que pensarlas de otra manera, puesto que, se dice, el sistema mismo de producción capitalista se ha modificado en sus propios fundamentos?

La verdad del obstáculo

Porque las esperanzas no han partido de la realidad sólo por nuestros errores. ¿Cómo no considerar que todos estos fenómenos sociales que nos agobian fueron también determinados por baños de sangre y la implantación del terror más cruel y homicida? ¿Qué no fue la tierna y convincente verdad del liberalismo la que triunfó, espontánea, solicitando la adhesión voluntaria y conciente de los hombres, sino que lo hizo mediante un terror profundo, que

cala y se prolonga en el tiempo, y es el que impuso su ley por todas partes? La experiencia del terror no se supera con sólo pensarla como superada; cuenta ahora con nosotros mismos, lo hemos interiorizado. Permanece y dura: los cuerpos sociales quedan lacerados por mucho más tiempo del que creemos. Pero tampoco olvidan a sus asesinos, por más que ahora les temamos.

No sólo España salía tras la estela de Franco y la crueldad inmisericorde de la guerra civil; también la URSS misma estuvo sometida al terror stalinista, con sus millones de muertos, y a la dominación vigilante de la KGB. Todavía los pueblos no han olvidado la Segunda Guerra Mundial y a Hiroshima. En la estela fascista de Italia, después del 68 aparece el terrorismo implantado por el Estado y la derecha, que amenazaba con la desestabilización democrática. Y esto luego de Chile, donde el tránsito pausado y democrático al socialismo fue interrumpido por un baño de sangre que implantó a Pinochet en el poder absoluto. La decisión de los EEUU de imponerse con sangre y fuego a todo intento de liberación, como lo mostró en Vietnam aunque fracasara, o en Nicaragua, señaló la dimensión de terror y de muerte que envuelve cualquier enfrentamiento. Pensemos en Bolivia, en Uruguay, en Brasil. También pensemos en Hungría y en Checoslovaquia. Recordemos, recordemos tanto como el cuerpo recuerda el terror que lo inundó de pavor en tantos momentos. Tanto desde dentro como desde fuera la coerción militar y sanguinaria, con su limitación de muerte, se hizo tangible y duradera para todos. De un lado y del otro la guerra se mostró como la única forma de confirmar la permanencia del sistema, liberal o socialista, y la realidad terrible de las represalias. La gente no es heroica en la vida cotidiana: a veces lo es, poco a poco, cuando se juntan, y sienten su fuerza y sus ganas. Hay una lógica que circula en el tiempo moroso de la vida histórica. Contra el nihilismo postmoderno, a ella apostamos.

Poner entonces sólo a las condiciones económicas y la revolución tecnológica como factores determinantes de la detención de la lucha de clases no es la explicación más adecuada ni única, pensamos, y menos aún la determinante. Nuestra propia experiencia no es fruto de la excelencia del capitalismo. Más aún cuando entre nosotros no existe la satisfacción económica que en Europa se ha logrado para ciertos sectores del proletariado y gran parte de la pequeña burguesía —aunque produzca pobres marginados a carradas. Aquí sólo queda como explicación la necesidad de acentuar aquello que prepondera para determinar lo nuestro: el terror impuesto, que caló hondamente en la subjetividad de los hombres.

Marxismo y mito científico

La conservación de la democracia, que nosotros también deseamos, tiene en algunos sólo la intención de soslayar definitivamente la esperanza socialis-

ta: no hay que poner a prueba la democracia, y mucho menos desestabilizarla. Para otros, es un modo de asimilar la "crítica por las armas" con la cual fueron rechazadas las "armas de la crítica" marxista. El control de personas en la vida cotidiana, y la insidiosa penetración de los medios y las articulaciones del poder que se agregan en la vida diaria, median las satisfacciones elementales de las necesidades y se convierten en terribles ataduras de dependencia. Van carcomiendo y desligando las relaciones sociales que se ven interpenetradas en un nivel segundo, que se convierte en primero, como suelo de la existencia cotidiana. Suelo que es el suelo del terror primero, del Estado y de las armas y de la economía prolongándose en la intimidad de los hogares ciudadanos.

Más allá de las chicanas con las cuales uno mismo querría defenderse, ¿es pensable que todo el fracaso se deba al marxismo y a la voluntad de los hombres? ¿O la realidad del fascismo y del capitalismo no crea nuevos obstáculos y resistencias, no ahonda la fuerza y no penetra insidiosamente en el campo que domina? ¿No va extendiendo y produciendo aquellos muros de hierro, de ideas y de imágenes que se oponen a que las contradicciones reales que el marxismo ha mostrado, y la realidad social ha vivido, alcancen la plenitud de su eficacia política?

Hay que señalar entonces que no fue la "teoría marxista", como un esquema único, la que reguló la práctica política de los hombres, y los llevó al fracaso. Suponer esto sería pensar que todos los políticos fueron "marxistas" porque estaban imbuidos, como los intelectuales que se piensan tales, de sus afirmaciones. Suponer por otro lado que las masas dominadas del socialismo "real" son marxistas, y que por eso lo aceptan todo, porque el marxismo lleva en germen el poder despótico de la burocracia, es una afirmación interesante y tonta.

Quizás lo único legítimo sería afirmar que el imperio "plebeyo" y eficaz del marxismo no pasa siquiera por la vulgata althusseriana a lo Harnecker, que se mostró ineficaz para comprender ni mover nada, sobre todo incapaz de percibir el núcleo dinámico, subjetivo, moral y humano de sus afirmaciones filosóficas, las más comprensibles para el común de los hombres.

Más bien habría que discutir, y mostrar, cómo cierta modalidad popular y mítica de sus propuestas a nivel de la representación social y colectiva, hecha de afectos, pensamientos y esperanzas, casi una concepción del mundo específica diferente a la vigente, mantuvo el empuje de las masas y se desarrolló siguiendo una elaboración más próxima a los Manuscritos, es decir a lo "especulativo" e "imaginario" de sus afirmaciones, que a la complejidad "científica" que sirvió de poco, y fue menos verdadera. Allí en cambio se afirmaba el núcleo activo de una verdad sentida y pensada al mismo tiempo. El "mito científico" de Marx contenía más verdad que la elaborada por sus "científi-

cos”: eran ideas-fuerzas que el cuerpo adensaba. Movilizaba aquello que las teorías sin sujeto ignoran.

Eso sería lo “fuerte”, lo comprensible, lo irradiante de su doctrina, la fuerza que tuvo para ligar en el aire del tiempo ciertas relaciones fundamentales que aún siguen vigentes, a pesar de que la práctica o la teoría hayan desconocido sus articulaciones. Y aún así hayan ignorado lo que circulaba dentro de esta cultura popular marxista que, pese a todo, sigue planteada. Ciertos puntos y referencias globales sentidos y pensados que sirven de suelo irrenunciable a la resistencia contra la vigencia y penetración de la ideología liberal y burguesa. Esa que vuelve a imperar ahora desde la derecha, y no de manera teórica sino reverdeciendo mitos antes superados, marcando el horizonte de sentido en el mismo nivel en el que el marxismo lo había antes abierto. Y que el fracaso en la práctica, y el terror, expulsó de la conciencia y del sentimiento de los hombres.

No era la teoría del marxismo la que le daba su fuerza: era el arraigo masivo de ciertas evidencias fundamentales que bajo el nombre de Marx se ligaba a la realidad perceptible del mundo dándole un sentido diferente a la resistencia: orientando el camino para cambiarlo. Esto es lo que el postmarxismo excluye y sueña extraño. Es lo que falta ahora, terror mediante: la confianza que antes se tenía en ellas. Pero sus afirmaciones fundamentales no son por eso menos ciertas.

El sujeto de la revolución

L.R.:—No es necesario salir del marxismo para criticar a Marx. Podemos mantener sus principios fundamentales, que siguen vigentes, y continuar haciéndolos pese a las transformaciones que la realidad, y consecuentemente su pensamiento, hayan sufrido. Pero otra cosa es abandonar, para la izquierda, su base más firme en medio de la derrota: la certidumbre de sus fundamentos y de su método filosófico y teórico.

¿Qué es lo que más llama la atención en el revisionismo postmoderno? La celeridad con la que, a partir de la crítica a algunos conceptos teóricos, se han negado los supuestos mismos de toda la teoría. La negación del “sujeto de la historia”, que se constituye sobre la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo, sería una corrección empírica, de segundo orden, creemos, fluctuante con las posibilidades de la realidad misma. Deja intangible esta contradicción irrefutable, teórica y empíricamente —la contradicción entre capital y trabajo— que es primera y fundante.

Para solidificar los conceptos del marxismo, y tornarlos rígidos y ahistóricos, han tenido que solidificar la realidad actual misma, aceptar la contundencia proclamada como definitiva de la actual coyuntura, convertir la derrota en la última batalla y en triunfo definitivo del liberalismo. Radiar, en fin, de la

realidad su transformación pensable al menos como posible, desde esa contradicción fundamental que no ha sido negada y que subsiste.

Al mismo tiempo han tenido que congelar el horizonte socialista no sólo en los países capitalistas, sino en todos los otros. Como si las sociedades donde impera el llamado "socialismo real" también fueran formas definitivas. Y su porvenir sólo se abriera retornando a las formas de la democracia capitalista, la única realmente verdadera. Deben pensar así que sus bases sociales también anhelarían tomar al capitalismo como modelo. No tienen en cuenta que en esas sociedades, hubo otra experiencia definitiva, pese a lo negativo de sus sistemas despóticos y represivos actuales. Al escucharlos parecería que la negación del sujeto colectivo histórico hubiera producido, definitivamente y en todas partes, la dispersión de los individuos aislados.

Así estaríamos rodeados de sombras, y para siempre. La derechización del mundo ha alcanzado su cénit, y es sin retorno: las contradicciones fundamentales no tienen ninguna realidad, son meras idealizaciones, porque los hombres de las masas han aceptado la derrota y se acomodan este triunfo. Y como si no bastara con lo propio, nuestros "reformistas" vienen ahora a calcar sobre nosotros el modelo de las "verdaderas" democracias, las de occidente, y a transferir sus experiencias y sus consejos social-demócratas a nuestro campo político. Antes, cuando eran revolucionarios, lo hacían de otro modo, pero a la inversa: nos traían, para determinar nuestra política, los modelos de Stalin o de Mao. Como la izquierda fue derrotada con ese esquematismo, se han pasado sin más del otro lado sin preguntarse el porqué de esa derrota: han dado un salto. Pero el esquematismo de sus modos de pensar no ha variado, sigue siendo el mismo: pensar lo más propio con lo más distante.

Primeramente los cambios producidos en Europa no son iguales a los que se produjeron en Latinoamérica. Tal vez anuncien lo que nos espera, pero tampoco es cierto que todo el sistema del capitalismo se hegemonice, carezca de centros y también de países que ocupen necesariamente el lugar que ocupamos nosotros, el de la periferia. Leyendo a los social-demócratas europeos, que invaden con su discurso derrotista la realidad social de sus países y de los nuestros, parecería que el advenimiento del milenio capitalista ha alcanzado también nuestras costas.

La afirmación de un sujeto histórico para transformar la sociedad no es sólo un sueño. No se trata de que ya en Europa, y menos aquí en Latinoamérica, el Capital se haya "emancipado" del Trabajo, como se dice. Mantenerlo implica la existencia de una fuerza última, implícita en las relaciones sociales, que plantee el extremo límite real de resistencia a todas las soluciones parciales que el capitalismo ofrece. No es sólo un supuesto teórico. Es un supuesto material de su funcionamiento: pone en marcha los instrumentos de la producción, y puede detenerlos.

La afirmación de que existe un "sujeto de la historia" plantea, contra todo

acuerdo —que se revela siempre parcial y limitado— el límite extremo de una fuerza social, implícita ahora, en acto posiblemente luego, que desbarate el juego de las premisas del capitalismo como fundamento perenne de las relaciones sociales. Y eso porque no hay ninguna producción, por tecnológica que sea, que prescinda de la riqueza productiva, del trabajo social, que el capital acumula para su propio crecimiento. Por eso se puede afirmar al mismo tiempo que ese poder, el del trabajo, que contraría todos los otros poderes reales, sigue siendo determinante de la realidad histórica, a pesar de que por el momento el sistema haya logrado amenguar y disminuir, y hasta ponerlos en favor suyo, en el campo político. Y además se olvida que el trabajo expropiado por el capital no es sólo el trabajo vivo sino el trabajo muerto, el trabajo social acumulado, ese que ha sido expropiado históricamente, y que el trabajo vivo actualiza y al que da vida nuevamente.

Cuando hablamos de “riqueza” no nos referimos solamente a la económica. Hablamos de la “riqueza” que Marx describe como tal cuando la comprende en el único lugar donde su sentido se revela: en los hombres producidos. Es a la “universalidad de las necesidades, capacidades, goces fuerzas productivas, etc. de los individuos, creada en el intercambio universal” a lo que Marx se refiere. Es la riqueza en la que el hombre despliega y produce “su plenitud total, no medida por un rasero previamente establecido”, y es también “la elaboración plena de lo interno”, de su subjetividad entonces.

Quiere decir que esta “elaboración plena de lo interno”, que está implícita en todos, es el núcleo adormecido ahora, y de cuya activación depende la capacidad de transformación y de resistencia. Decir que hay sujeto histórico es reconocer que hay, a nivel político y social, siempre presente, una contradicción real y fundante, moral y materialmente insoportable, susceptible de emerger aunque por momentos parecería que desaparece.

Este es un límite cuya significación reposa sobre la materialidad de los cuerpos humanos que se hallan sometidos a una expropiación continua y efectiva de sus vidas, no sólo en el trabajo. Cuesta, pero es pensable que los hombres en algún momento se descubran. Como cuesta también pensar en la naturaleza, geográficamente nuestra, la tierra patria se dice, que nos fue expropiada como (como) cuerpo común a la mayoría de sus habitantes. Visto desde el “realismo” político, es cierto, éstas serían “pavadas ideológicas” (Caputo dixit).

Actualizar el poder de ese sujeto colectivo implica reconocer, y poner en juego, las múltiples instancias de dominación —económicas, políticas, ideológicas, religiosas, imaginarias por lo tanto, y también simbólicas— que conforman la materia histórica de sus cuerpos, para convertirlos en el lugar de la insoportabilidad y de la resistencia. Pero no como una decisión voluntarista implantada desde afuera, sino como la emergencia de una contradicción sentida y vivida que está ya en nosotros.

Volver a esta conceptualización considerada por muchos como “vagas” y totalizadoras significa sin embargo encontrar un nivel de explicación y representación común a la percepción de los hechos cotidianos. Se trata de que las ideas sirvan de marco para la comprensión de sus problemas, indicativos y reflexivos al mismo tiempo, que apunten al fundamento vivido que los dinamice y los conglomere. Cuando se habla de la anulación del sujeto histórico y de la necesidad de acentuar el desarrollo capitalista, que está como único horizonte pensable, lo que se hace es simplemente consolidar la eficacia actual de la dominación capitalista triunfante como irreversible.

El sujeto histórico es lo que no fue tematizado y movilizado de manera acabada por los proyectos políticos que fracasaron. Es lo que no hicieron antes los social-demócratas que están de vuelta y del otro lado de su propio pasado, cuando eran comunistas o socialistas revolucionarios. La urgencia de sus planteos, presentes y anteriores, estaba de acuerdo con la simplicidad y el reduccionismo por el cual este sujeto histórico fue concebido como actor de la lucha política.

Desconocían, como desconoció la izquierda, hasta qué profundidad penetraban las determinaciones ideológicas del capitalismo en los sujetos que los constituye en masa. Al simplificar su complejidad y sus ataduras, se actualizó y solicitó de ellos una imbricación y un compromiso político que no dinamizó y problematizó la subjetividad de los actores. No pudo, entonces, suscitar la emergencia de energías, de poderes y de fuerzas de comprensión que convergieran constituyendo la densidad y la firmeza de la fuerza política. El “sujeto histórico” colectivo no fue comprendido como formado por sujetos individuales cuya complejidad, en tanto lugar productor de la verdad histórica, se desconoció y se deslindó como innecesaria.

Pero esto mismo está ligado al problema del tiempo, de la urgencia y de la superficialidad con que fueron concebidos los enfrentamientos, que terminaron en el fracaso. La urgencia de la lucha, concebida como lucha armada, proyectó sobre lo político un extremo que alucinó a sus actores. Tuvo que alucinarlos para convertirlos en actores de sus propuestas abstractas —por más material y sangrienta y real que fuera la contundencia de las armas y la muerte que provocaban. Porque abstracto era su actor, el sujeto colectivo hipostasiado y transformado en sujeto histórico actual, viviente, real y verdadero de una transformación radical para la que no estaba preparado.

Así se pensó que con las masas peronistas se podía vehiculizar, sin cambio, propuestas que le eran antagónicas, la revolucionaria para el caso. La categoría de “sujeto histórico”, pensado como un colectivo abstracto —abstraído que fueron de él los hombres concretos, particulares, de carne y hueso, y las experiencias reales que los habían constituido— no tiene nada de lo que Marx mismo pensaba sobre los sujetos individuales y colectivos. Y fue esta categoría vivida de derecha, burguesa, la que determinó a su vez la comprensión de

los enfrentamientos armados con las mismas categorías abstractas, proyectadas desde otras situaciones como si fueran propias.

Estas observaciones son demasiado globales. Requerirían ser complementadas con el análisis minucioso, descriptivo y teórico, de la complejidad actual de nuestra sociedad. Sería necesario profundizar el conocimiento de las intrincadas redes y relaciones que forman el entramado real de la estructura económica, política e ideológica. Reconocer los menudos, cotidianos funcionamiento del sistema de dominación tal como éste se ejerce en todas sus ramificaciones, allí donde el poder se juega para disolver o manejar sus conflictos. Es en esa trama menuda donde el problema del poder también está en juego, y donde las conquistas mayores preparan los enfrentamientos más amplios. Toda posición política abarca estos dos extremos.

Esta trama invisible, que teje la red de las relaciones sociales, por no haber sido comprendida y enfrentada, llevó también a los planteos radicales globales, abstractos. Los actores no pueden acceder, desde lo mínimo a lo cotidiano, a la comprensión de su propia implicación activa de los conflictos en los que están inmersos. Es esta invisibilidad no tematizada en la izquierda, creemos, la que lleva al abstraccionismo de los slogans fáciles y a las oposiciones radicales. Es como si dijeran: cada enfrentamiento debe jugarse como si la Revolución estuviera ahora mismo en juego. Y en eso caen, aunque no crean en lo que hacen. Y por eso se les aleja la gente, porque la gente ve que estas simplificaciones —verdaderas quizás en su generalidad— no encuentran su aplicación en el movimiento directo de lo cotidiano. Porque no visualizan ni comprenden, desde esta simplicidad, la complejidad del sistema que los envuelve, ni la de los pasos mediadores, y menos aún, los obstáculos —objetivos y subjetivos— presentes en los sujetos que deberían encarnar esos ideales.

Crisis del marxismo

L.R.: —Deslindemos para comenzar el campo de una ingenuidad omnipotente: no todo nuestro fracaso político proviene sólo de los equívocos y errores de la izquierda: nada aseguraba el triunfo ni éste dependía solo de ella. Debemos por una parte distinguir nuestros equívocos, nuestra tontería si cabe. Por otro lado, pensar y tener siempre presente la inteligencia, el poder y la ferocidad del enemigo para desbaratar todo cambio que se oponga a su dominio. Desde allí pensamos qué ha pasado. Pero también pensamos: no tenerlo presente fue una insuficiencia mortal en la percepción política de la izquierda.

Obstáculos generales primero: los partidos comunistas nacionales, que en cada país prolongaban y sostenían el socialismo “real”, no fueron siempre lo suficientemente independientes para criticar desde sus propios lugares el des-

vío muchas veces monstruoso que aceptaron y justificaron. Determinaron desde esa defensa su propia política interna. Disolvieron, separaron y enfrentaron a la izquierda dentro de la izquierda misma, y prolongaron en el campo nacional los mismos encubrimientos justificatorios que hicieron imposible la crítica constructiva y la elección eficaz de un camino. El horizonte de lo posible, dado en esos modelos, desapareció del contexto internacional, y desarmó en parte las expectativas que estaban puestas en ellos. El centralismo planificado y la dictadura “sobre” el proletariado encubrió la monopolización y burocratización que creaba. Sobre todo porque el encubrimiento primero dejó paso luego a la verdad y al reconocimiento de lo que se había ocultado y deformado: la defección fue su límite. Había que luchar desde la izquierda contra la izquierda misma.

Nosotros, por ejemplo, vivimos el fracaso de las versiones stalinistas y maoistas desde las cuales se organizó la lucha entre nosotros, pero no fuimos los únicos: abarcó todo el mundo. Y fueron modelos de fracaso y de defección para organizar y pensar lo que pasaba entre nosotros. No olvidemos que el apoyo del PC a Videla quiere ser explicado como un “error” político. Pero más simplemente vemos allí una modalidad subjetiva, políticamente producida, que afecta a la cualidad del militante como hombre y lo deshace como lugar donde la coherencia se verificaría. Ese “error” produjo al militante comunista como un ser entrañablemente deformado para la percepción de los valores sociales. ¿Basta aquí la autocrítica? ¿Qué poder propio esa política destruyó en ellos, y los deshizo internamente?

Internacionales ahora. Los socialismos “reales” ponían el acento en el estrecho economicismo de sus planteos políticos. Presentaban sus propias soluciones ligadas al “desarrollo” dentro de una óptica burocrática, porque no habían creado las condiciones sociales para crearlas. Muy difícilmente, entonces, desde los países del socialismo “real” podrían comprender el alcance de una transformación ajena de la que ellos mismos estaban excluidos. Ni Rusia ni Hungría ni Polonia eran modelos de espera para las esperanzas de izquierda. Y los enfrentamientos tajantes entre los países socialistas, minados desde adentro por sus propias contradicciones no resueltas, prolongaron estos enfrentamientos en todos los países capitalistas: limitó el horizonte de lo pensable y de las propias propuestas. Las categorías ajenas, fracasadas, servían sin embargo para plantear las propias, afirmandolas como ciertas. La distancia entre la práctica del socialismo “real” y del socialismo teórico se amplió, separando a la teoría de la práctica política por todas partes.

La decepción fue preparada desde antes.

Volvamos al horizonte de los socialismos “reales” y la influencia negativa en la desesperanza mundial. Viniendo desde la fantasía que recubría los modelos de su realización primera, es pobre consuelo el que ofrece Perry Anderson cuando nós dice: “Ya no hay ocho millones de prisioneros políticos en

los campos de trabajo. Ningún grupo social está sometido a prácticas de exterminio. Las “purgas sangrientas” en el partido y el Estado han desaparecido. La literatura y la ciencia no obedecen más a los caprichos de un dirigente político. El nivel de vida de las masas ha registrado avances enormes. Todo esto, queda claro, es compatible con la permanencia de un estado autoritario y una burocracia incrustada que deben un día ser derribados y destruidos por las masas soviéticas.”

La revolución contra la revolución: cuestión de nunca acabar. Aquello contra lo que se luchaba fue instaurado en nombre y con la sangre por los mismos que llevaron a luchar y a morir por lo opuesto y diferente. Esta experiencia vivida, marco en el cual se despliegan todas las otras, no solamente las debilita: han sorbido la savia de la esperanza. Invadieron la afectividad y la conciencia de los hombres descorazonándolos, disolviendo su fuerza y su empuje, que son el lugar vivo donde las ganas de la revolución debía germinar por el ejemplo.

Es cierto, en los últimos cincuenta años han habido cambios en la URSS, desde Stalin a Gorbachov. Pero comprenderlo así es un acto de pensamiento racional. Debe contrariar la densidad decantada en los cuerpos por la experiencia vivida que tuvo una inscripción más densa: sedimento en el afecto por tanta muerte, tanta desesperanza y tanta traición, llevándolos al descreimiento. Lo que fue sabido y sentido poco a poco no se disuelve de golpe: tiene un tiempo distinto, mucho más lento aún que los cincuenta años que se computan al término, sintéticamente, en un acto de pensamiento. La desconfianza que produjo no ha desaparecido.

La deformación externa en lo interno

Pero al mismo tiempo, esa deformación que se desarrolló en los países de nuestra América, produjo en sus dirigentes, junto con la justificación o el disfraz, una manera de actuar con los hombres que no deshacía el equívoco. Acentuaba —ratificando— sus componentes también autoritarios y burocráticos, de los que la eficacia real quedaba radiada: ellos mismos fueron sus víctimas. La sumisión acrítica a los modelos internacionales desvirtuó la percepción de nuestras necesidades y requerimientos políticos, enturbiándolos y convocándolos al fracaso y al zig-zag oportunista.

La atomización de la izquierda no es un hecho nuevo. Preexistió al fracaso y lo determinó: minó sus propuestas. Destruyó la credibilidad como horizonte de la acción colectiva. El mantenimiento de viejos slogans estrechamente economicistas, convertidos en dogma, impidieron ver la realidad del capitalismo en su transformación y en sus cambios. ¿No se lo daba acaso como decrepito y boqueando sus últimos suspiros? Al mantener esquemas buro-

cráticos y despóticos en la organización de los partidos políticos se congeló la creatividad de las fuerzas populares: las conglomeró para enfrentar una realidad con formas ilusorias y fragmentadas. Como ilusoria era la imagen del fracaso del capitalismo, hoy triunfante. Se menospreció el obstáculo, y al mismo tiempo la capacidad discriminatoria y creadora de las masas mismas para hacerle frente.

La urgencia política

Las categorías del tiempo, modificadas por la revolución tecnológica, transformaron las propias urgencias. La aceleración de la historia es un producto de la cultura occidental, de su economía a nivel de la vida cotidiana, de su tecnología y de su arte. La temporalización acelerada de su campo imaginario dislocó el tiempo y el espacio. Incrementó una combinatoria alocada, liberada de todo límite, sobre todo forjó así una aceleración inusitada de ese imaginario volcado sobre la realidad, que esperaba obtener su objetivo de inmediato. No nos damos cuenta de nuestra impaciencia exasperada ante el espectáculo de la aceleración de los procesos sociales a los que asistimos, que nos tienen ahora a nosotros como espectadores pasivos y externos. Comparémoslos con la nuestra de hace solamente veinte años.

La noción de crisis del marxismo es también la proyección exasperada de un tiempo defraudado en su celeridad, volcado esta vez sobre la historia. Ya habíamos notado que la proyección del tiempo individual sobre el tiempo histórico era una categoría individualista deformante transportada sobre la duración de los tiempos sociales, por lo tanto irreal, productora en su urgencia de fracasos, abandonos y desilusiones. Esta aceleración del tiempo, que la tecnología acentuó, se proyectó sobre la trama compleja y morosa de la realidad cotidiana. Imprimió en el ritmo de la subjetividad una urgencia que deformó la percepción de la realidad y de los obstáculos, y los intentó salvar sin distinguirlos en su potencia y en la real contundencia de su entramado.

Somos hijos de nuestro tiempo, se dice, lo cual quiere decir que somos hijos de la aceleración desmesurada del tiempo objetivo, lo cual quiere decir que ha dejado de ser isomorfo, con el tiempo personal y subjetivo. La tecnología, el arte y la imaginación rompieron la dimensión temporal de los procesos históricos, y aceleró la cercanía imaginaria del mundo real. Hizo posible una combinatoria subjetiva, libre aunque orientada, que dejaba sin embargo distante el permanente metabolismo, la lenta elaboración de los fenómenos humanos ligados a la materialidad en la que se desarrollan y están imbricados. La aceleración del tiempo lo avasalló todo, y trasmutó la urgencia imaginaria de sus mensajes en urgencias sensibles que la materialidad de los cuerpos resisten, porque no le son adecuadas.

La represión

Pero también la represión se aceleró: aceleró sus procesos de control, la contundencia de su armamento, las respuestas a los desbordes, la manipulación imaginaria de su poder y la insidia deformante sobre todo aquello que pretende suplantarla. La aceleración invadió los medios materiales: potencia acrecentada del poder destructivo por la concentración de la energía, por la rapidez del traslado, por la velocidad de los mensajes e imágenes. Toda política nacional es ahora una guerra de baja intensidad, tecnológica e ideológicamente armada: circumscripta.

Pero la materialidad de la vida acoplada a esta vorágine resiste y tiene un tiempo propio, que no puede ser modificado fácilmente; en el seno de la aceleración tecnológica del tiempo, subsiste el tiempo pausado y denotado de la naturaleza de la que estamos hechos. Por eso ahora el retorno, entre nosotros al menos, a lo microsocial: a la búsqueda de los lugares mínimos donde este contrapoder se elabora.

Para terminar:

Tampoco nosotros sabemos efectivamente qué está en crisis dentro de lo que se llama la crisis del marxismo. Si es la apreciación y complejidad de los nuevos procesos productivos, el predominio de la economía sobre el trabajo, la militarización subterránea de la vida cotidiana, el impacto de la nueva tecnología, la transformación de las condiciones de trabajo, la desocupación que ya no es más estacional sino estructural, el poder manipulador de los medios y la influencia masiva, el consumismo y la aceleración de la moda, el desgaste de la imaginación, la rizomía de las relaciones que entrelazan todo con todo (postmodernismo), y quitan el sentido de un decurso en el que perseverar. O es quizás la aceleración temporal de la desarticulación del hombre con la "realidad", convertida en fugaz, deslizante, caótica y cambiante: imprevisible. Tal vez sea también la fortaleza del poder que permanece manteniendo su eficacia y desplegando la inclusión de cada uno, dependiente de un todo insidioso y sutil, mirada escrutadora del sistema que ve todos nuestros recovecos, vigila nuestras infracciones, espía y computa y calcula prolongando su cálculo en el propio, en el de la contabilidad individual cotidiana con la cual nos han programado.